

6862

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA
Y TEATRO CÓMICO

El Mártir del Calvario

ó

LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR

DRAMA SACRO BÍBLICO DE ESPECTÁCULO

EN OCHO ACTOS Y VEINTICINCO CUADROS.

original y en verso de los señores

José Conde y Florentino Molina

Y MÚSICA DEL MAESTRO

DON APOLINAR BRULL

Estrenado con extraordinario éxito en el «Teatro de la Zarzuela»
el viernes 8 de Abril de 1892.

La obra va aumentada con dos actos, titulados

La Gloriosa Resurrección y La venida del Espíritu Santo

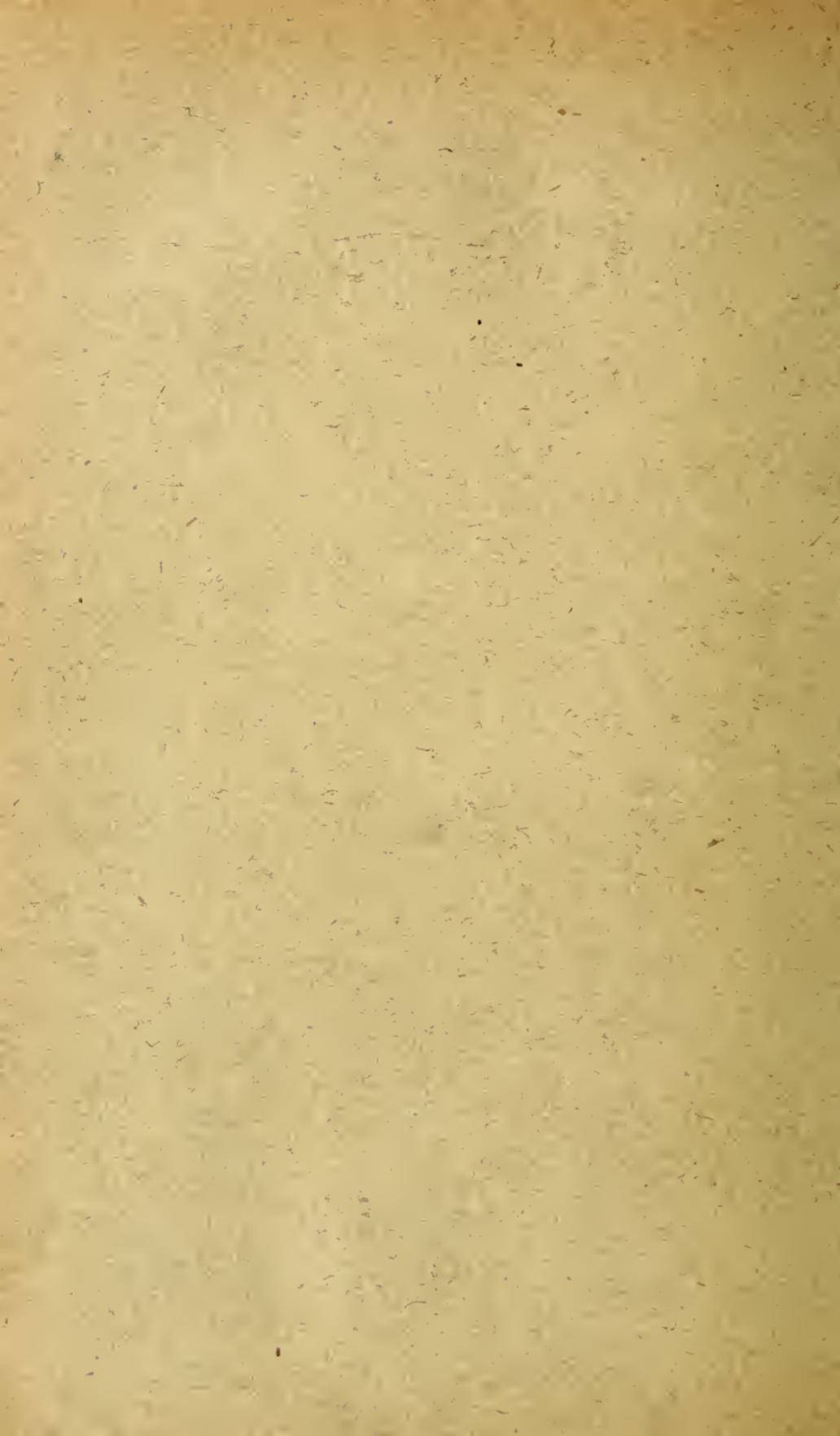
Estrenados en dicho Teatro el 15 y 22 de Abril

MADRID ²⁷

ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES

Calle de la Greda, núm. 15

1893



El Mártir del Calvario

ó

LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR

El Mártir del Calvario

ó

LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR

DRAMA SACRO BÍBLICO DE ESPECTÁCULO

EN OCHO ACTOS Y VEINTICINCO CUADROS

original y en verso de los señores

José Conde y Florentino Molina

Y MÚSICA DEL MAESTRO

DON APOLINAR BRULL

Estrenado con extraordinario éxito en el «Teatro de la Zarzuela»
el viernes 8 de Abril de 1892.

La obra va aumentada con dos actos, titulados

La Gloriosa Resurrección y La venida del Espíritu Santo

Estrenados en dicho Teatro el 15 y 22 de Abril

MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6

1893

Esta obra es propiedad de D. José Conde, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Administración Lirico-Dramática y Teatro Cómico de los Sres. ARREGUI y ARUEJ, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Al Excmo.

Sr. Marqués de Bogaraya

*débil muestra de cariño y respeto que les
profesan*

Los Autores.

PERSONAJES**ACTORES**

LA VIRGEN MARÍA	SRTA. GONZÁLEZ.
MARIA MAGDALENA.....	SRA. SEGURA.
VERÓNICA.....	SRTA. CAIRES.
CLAUDIA PRÓCULA.....	» FERNÁNDEZ.
MARIA SALOMÉ.....	» VEYÁN.
MARIA JACOBÉ.....	» DELAGE.
JESÚS.....	SR. JÁUREGUI.
PILATOS.....	» GARZA.
JUDAS.....	» MUÑOZ.
CAIFÁS.....	» CAPILLA.
ANÁS.....	» RODRÍGUEZ.
SAN PEDRO.....	» ALARCÓN.
SAN JUAN.....	SRTA. GARCÍA.
UN ANGEL.....	NIÑA COBOS.
HERODES.....	SR. GÓMEZ (J.)
DIMAS.....	» LAPUENTE.
GESTA.....	» SUÁREZ.
BARRABÁS.....	» PASTRANA.
ROBOAN.....	» CASAS.
MALECH.....	» NIEVAS.
NICUDEMUS.....	» GÓMEZ (R.)
SIMON EL LEPROSO.....	» ALONSO.
CENTURION.....	» SILVA.
SOLDADO.....	» GARCÍA.
SAYON 1.º.....	» TORRES.
JOSAFAT.....	» TRIGUEROS.
PREGONERO.....	» CRUSANS.
ARITMATEA.....	» DOCTOR.
PORTIFARO.....	» MORENO.
LONGINOS.....	» LAPUENTE.
PLOTOMEIO.....	» MANCHADO.
SIMON CIRINEO.....	» MOCHALES.
BENJAMIN.....	» REY.
SAMUEL.....	» SERVAT.
DARABIA.....	» TIERNO.

Hebreos, Lictores, Apóstoles, Centuriones, Sayones,
Angeles, Judíos, Soldados y Pueblo.



ACTO PRIMERO

CUADRO I.—Cercanías de Jerusalén

Campiña rodeada de árboles. Jesús aparece en lo alto de un montecillo que domina la escena. Pedro, Juan y Jaime á su derecha y junto al pueblo, que aparece en alas.

CORO GENERAL

Repitan los cielos
tu nombre, ¡oh Dios mío!
Cese tu amargura,
hijo de David.
Si al mundo viniste
para redimirnos,
debemos, unidos,
tus pasos seguir.

HABLADO

ESCENA PRIMERA

JESÚS, PEDRO, JUAN, JAIME y PUEBLO

JESÚS.

En tanto que llega el día
de mi partida funesta,
escuchad del Dios Eterno
las celestiales promesas.

Limpiad de todo pecado
 vuestras almas, porque es fuerza,
 para llegar hasta el cielo,
 al abandonar la tierra,
 borrar las manchas del alma
 con ayuno y penitencia.

Os amaréis como hermanos;
 rescatad vuestras ofensas,
 pues todo aquel que desoiga
 la voz de Dios, y la senda
 para llegar hasta el cielo
 no siga de la inocencia,
 por más que quiera lograrlo
 no hallará alivio á sus penas.

(Pausa. Desciende del montecillo.)

Pero la tarde declina,
 y aunque con dolor, es fuerza
 deciros que llegó la hora
 de cumplir con la promesa
 del Dios Padre, y que me llama
 para morar á su diestra.

(Todos se levantan.)

Acercaos, niños, á mí;

(Los niños se acercan.)

que vuestra virtud eterna
 os conduzca hacia la gloria
 manantial de dicha inmensa.
 Quedad con Dios, y grabad
 las palabras postrimeras
 del hombre que á redimiros
 bajó con gozo á la tierra.

(Todos se retiran repitiendo el coro. Los niños besan las manos á Jesús.)

ESCENA II

DICHOS, *menos* EL PUEBLO

Jesús.

Cumpliendo su voluntad,
 pues que mi Padre lo ordena,
 aunque con angustia y pena

- hoy regreso á la ciudad.
 PEDRO. ¡Tan pronto ha de ser, Señor?
 JESÚS. No es posible dilatar
 mi partida.
 JUAN. ¿Y á olvidar
 váis por siempre vuestro amor?
 JESÚS. Es preciso: he de cumplir
 la redención del pecado,
 porque el día señalado
 se acerca para morir.
 Y pues se ha de ver cumplida
 la voluntad de mi Padre,
 quiero de mi triste Madre
 recibir la despedida.
 Oprimirla en dulces lazos
 al prepararme á partir,
 pues quiero, antes de morir,
 estrecharla entre mis brazos.

ESCENA III

DICHOS; SIMON *por la derecha.*

- SIMÓN. ¡A vuestras plantas, Señor, (*Arrodillándose.*)
 llego con ansia y respeto!
 JESÚS. Levanta y dí: ¿qué deseas?
 SIMÓN. Soy Simón, el fariseo,
 quien lleno de caridad
 permiso á pediros vengo
 de que honréis mi casa y mesa.
 JESÚS. Tu esplendidez agradezco.
 SIMÓN. No me neguéis tal ventura,
 pues con el alma deseo
 ser digno de vos, y así
 queda mi afán satisfecho.
 Ya la Pascua se aproxima,
 y celebrarla podemos
 en mi casa; si aceptáis,
 de mi memoria el recuerdo
 jamás podré yo olvidar,
 pues va mi esperanza en ello.

- JESÚS. Puesto que así lo deseas,
tu proposición acepto,
y recompensa hallarás
en el reino de los cielos,
que el que parte el pan conmigo
de su acción obtendrá el premio.
- SIMÓN. Gracias, Señor.
- JESÚS. Digno eres
de mi amor.
- PEDRO. Noble deseo
es el suyo, y es preciso
que partamos al momento.
- JESÚS. Tienes razón; vamos pronto
al Cenáculo.
- SIMÓN. Marchemos. (*Vánse por la derecha.*)

CUADRO II

La Conversión de Magdalena

Telón corto en casa de Magdalena.

ESCENA IV

MAGDALENA y BENJAMÍN

- MAG. Explicame, Benjamín,
de ese Sabio los portentos
que, según dices, realiza
con tan extraño misterio.
- BENJ. Todo, señora, es verdad;
en la campiña, en el pueblo,
en la ciudad, en la plaza,
en el monte ó el desierto,
acude la gente en masa
para escuchar el portento
de ese Profeta, que á todos
purifica con su ejemplo.
Desde ahora os juro, señora,
que á su vista, el más incrédulo

¿Será posible el perdón
 á la que tanto ha pecado?
 ¡De galas mil revestida,
 entre el placer y el festín,
 siento deslizar mi vida,
 y hoy, por fin, arrepentida,
 llora el alma triste y rüin!
 Sin honor y sin conciencia
 crucé el malvado camino
 del deseo y la opulencia,
 y hoy me grita mi destino:
 ¡Penitencia! ¡Penitencia! *(Sale sollozando.)*

CUADRO III.—Entrada en Jerusalén

Plaza en Jerusalén.—Calles á los lados.—En el centro de la plaza un arco; al fondo murallas practicables. Al alzarse el telón de mutación, las turbas recorren las calles y murallas con ramos de oliva y palmas. (Mucha animación.)—Después del coro, Jesús, que saldrá montado en una pollina, avanza hasta el centro y dirige su palabra al pueblo.

CORO

¡Hossanna! ¡hossanna!
 querubes, cantad,
 y eleven al cielo
 su santa humildad!
 ¡Hossanna! ¡hossanna!
 que el Hijo de Dios
 viene á ser del mundo
 nuestro salvador!

ESCENA VI

DICHOS; JESÚS, APÓSTOLES y PUEBLO

JESÚS. ¡Gloria á Jerusalén! Solemne día
 que á tus puertas con fe sincera llego;
 para que ejerzas tu soberbia impía,

contrito á tu poder por fin me entrego;
 no por eso se amengua mi alegría,
 pues si en los brazos del dolor me anego,
 será la predicción, que ya cumplida,
 me anuncia el triste fin de mi partida.
 ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! tu frente
 levantas orgullosa en torno mío
 y me arrojas cruel á la pendiente
 mostrando ante mi faz tu poderío.
 No logras apagar tu saña ardiente
 al mirar mi semblante triste y frío;
 pero tiembla, que á veces el tirano
 se labra la desdicha por su mano.
 ¡Jerusalén! si altiva me rechazas
 y me lanzas la muerte en mi camino,
 seguiré por la senda que hoy me trazas,
 pues es la voluntad del Dios divino.
 ¿Qué me importan al fin tus amenazas,
 si morir por salvarte es mi destino,
 mientras que tú, de ruinas monumento,
 al mundo hará temblar tu fin sangriento?
 Y, pues se acerca tan fatal instante
 de cumplir lo que el cielo me ha ordenado,
 á tí me entrego, noble y anhelante,
 por ver el sacrificio consumado.
 A tus pies me presento ya triunfante
 por redimir al hombre del pecado,
 y pues tu culpa mi destino abona,
 ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! perdona.

El coro repite el *Hossanna*. Mucha animación en las murallas, y el pueblo, que estará en escena formando un arco con las palmas por donde pasa Jesús y los Apóstoles, que verificarán su entrada en Jerusalén.

Ensáyese bien, dando á este cuadro toda la animación que los Directores de escena consideren factible.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO



CUADRO IV.—Súplica de Magdalena

Calle corta.—Sale Jesús con sus Discípulos.

ESCENA PRIMERA

JESÚS y APÓSTOLES

JESÚS. Hermanos míos, se acerca
el instante en que me aguarda
el eterno mi Dios Padre,
que á su diestra me reclama;
pero antes quiero cumplir
con mi obligación sagrada,
y dar el adiós postrero
á mi triste Madre.

JUAN. Calma
tu dolor, pues te seguimos
á donde quiera que vayas,
y juro no abandonarte
mientras aliente mi alma.

ESCENA II

DICHOS y MAGDALENA

MAG. Con lágrimas de dolor
que mi existencia arrebatá,

- vengo á pedir indulgencia
 postrado á tus pies, Señor.
 ¡Ved el constante sufrir
 de esta mujer sin ventura,
 pues con tan honda amargura
 fuera imposible vivir.
 Sólo compasión imploro;
 tan sólo anhelo perdón;
 contened, por compasión,
 estas lágrimas que lloro.
 No me neguéis el consuelo
 que hoy busco desamparada!
- JESÚS. Mujer, estás perdonada;
 levanta al punto del suelo.
- JUDAS. Ved que es una vil ramera
 y lleva constantemente
 el sello impuro en la frente
 de su infamia.
- JESÚS. ¡Considera
 su dolor!
- JUDAS. Mas su delito
 fuera en vano perdonarle.
- JESÚS. De Dios hoy logra alcanzarle;
 su poder es infinito.
- MAG. Tan sólo anhelo la calma
 que hoy presta la Providencia,
 y en continua penitencia
 sufra el tormento mi alma.
 Verted, Señor, sobre mí
 vuestro perdón sacrosanto.
- JESÚS. Enjuga, mujer, el llanto
 y vuelva el perdón á tí.
- JUDAS. Jamás pude imaginar
 de vos perdón tan injusto.
- JESÚS. La piedad sólo es del justo;
 Dios nos manda perdonar.
 Si grande fué su pecado,
 más grande es su humillación;
 tengámosla compasión.
- JUDAS. (¡Oh rabia! ¡estoy humillado!)
 (Con ira reconcentrada.)
- JESÚS. Partamos; de mi consuelo

se va acercando la hora.

(Dirigiéndose á Magdalena.)

El que se arrepiente y llora,
se abre las puertas del cielo.

*(Todos salen por la derecha, menos Magdalena y Judas;
éste queda contemplando unos momentos á Magdalena
con ira reconcentrada.)*

ESCENA III

MAGDALENA y JUDAS

MAG. ¡Joyas con que mi cabeza,
cuello y brazos adornaba,
si ayer aún loca os buscaba,
hoy os miro con fiereza!
¡Lejos de mí os quiero ver;
vuestro poder yo desprecio!
*(Tira las joyas; Judas las contempla con codicia, y
dice:)*

JUDAS. (Buenas son, y á cualquier precio
bien las pudiera vender.)
¡Si á la que tanto pecó
la tiende ufano su diestra
y mi fallo no escuchó,
que es un traidor pienso yo,
pues su altivez lo demuestra.
¡Al César te he de entregar;
desde hoy seré tu enemigo,
mientras en tí he de vengar
(Mirando á Magdalena.)

ofensa tan singular:
¡infame, yo te maldigo! *(Sale.)*
MAG. ¡Qué consuelo á mi aflicción
siento filtrar en mi sér
alegrando el corazón;
desde hoy mi vida ha de ser
el ayuno y la oración!

CUADRO V.—El Contrato

Salón regio. Dosel al fondo, en el cual aparecerá sentado el Sumo Pontífice. Anás, Roboán y Malech, con todos los demás Doctores, en derredor de Caifás y sentados en las mesas ó escaños.

ESCENA IV

CAIFÁS y DOCTORES

- ANÁS. Todos presentes estamos
cumpliendo tu voluntad,
y es preciso que al instante
nos empieces á explicar
el asunto por que á todos
nos has mandado llamar.
- CAIFÁS. Pues escuchadme, Doctores,
el motivo; pues es tal,
que quizá de ello dependa
nuestra desdicha.
- ROBOÁN. Empezad,
que con ansiedad aguardo
noticia tan principal.
- CAIFÁS. Puesto que aquí reunidos
estamos para tratar
de los asuntos que al César
pudieran menospreciar,
creo llegado el momento
de hacer justicia.
- MALECH. Pensad
que por Augusto Tiberio
debemos sacrificar
á todo aquel que sus leyes
desobedezca.
- ROBOÁN. Es verdad.
- CAIFÁS. Pues es el caso, Doctores,
que ha llegado á esta ciudad,
con gentes que le acompañan
para cubrir su maldad,

un Profeta, según dicen
llamado Jesús, y es tal
lo absurdo de las doctrinas
que predica sin cesar
al pueblo, que nuestros ritos
miro á punto de olvidar
por Jerusalén, pues todos
le acatan sin vacilar.

ANÁS.
ROBOAN. ¡Preciso es el escarmiento!
No hay duda que lo tendrá,
pues ponen en grave riesgo
vuestra augusta autoridad.

CAIFÁS. Es preciso que al momento
dé su opinión cada cual
para venir á un acuerdo.

ANÁS. En mi opinión, convendrá
que le sentencie Pilatos,
pues por falso y desleal
merece en la cruz morir.

MALECH. ¡Tal creo!

ROBOAN. Yo pienso igual.
CAIFÁS. Pensad con calma, Doctores,
que la Pascua está al llegar,
y es vedado verter sangre.

ANÁS. Sin embargo, su maldad...
ROBOAN. Y ofensas contra Tiberio
no se pueden perdonar.

CAIFÁS. Convenido; pues probemos
cómo poderle entregar
á Poncio, el Gobernador,
que lo sentencie.

MALECH. Cabal.

ANÁS. Eso corre de mi cuenta;
al punto formaré el plan.

ESCENA V

DICHOS, SOLDADO; á poco JUDAS

SOLD. 1.º ¡Señor!...

CAIFÁS. ¿Qué ocurre?

SOLD. 1.º Licencia

para poder penetrar,
pide un hombre de la plebe
que esperando fuera está.

CAIFÁS.
SOLD. 1.º

¿Cuál es su nombre?

Lo ignoro.

CAIFÁS.

Doctores, deliberad
si admitimos en Consejo
su presencia.

ROBOAN.

Puede dar
noticias sobre el asunto.

ANÁS.

Es justo.

MALECH.

Yo opino igual.

CAIFÁS.

Pues convenido: el Consejo
lo aprueba; puede pasar.

(*Vase el soldado.*)

ESCENA VI

DICHOS y JUDAS

JUDAS. Con licencia, señor, aquí he llegado,
sabiendo que celebran hoy Consejo.

CAIFÁS. ¿Quién eres tú?

JUDAS.

Señor, soy un Discípulo
que á Jesús ha seguido en el desierto.
Soy quien cansado de cruzar montañas,
cansado de escuchar sus Evangelios,
hoy muerto de fatiga y de pesares
á no escuchar sus planes me resuelvo.

CAIFÁS. ¿Qué has dicho? (*Con alegría.*)

JUDAS.

La verdad; si hasta hoy he sido
sombra constante que siguió al Maestro,
ya que á Jerusalén hemos llegado,
no quiero más seguirle.

ANÁS.

¡Si eso es cierto!...
¿Tú ambicionas riquezas?

JUDAS.

Ellas solas
son las que me conducen al sendero
de la desesperación.

CAIFÁS.

Pues bien, escucha:
hoy es preciso que ese Nazareno

caiga en nuestro poder; para ello falta uno que nos ayude, y le prometo que si quieres alcanzar grandes riquezas, por mi nombre que queda satisfecho. Si tú te encargas...

JUDAS. Mediante recompensa, dispuesto me tenéis para prenderlo.

CAIFÁS. ¿Cuál es tu nombre?

JUDAS. Judas.

CAIFÁS. Desde ahora mis centuriones se hallarán dispuestos, y al frente de ellos marcharás al punto para prenderle. Sólo saber quiero cuánta es la suma.

JUDAS. Por su venta pido muy poco.

CAIFÁS. Tú dirás.

JUDAS. Treinta dineros.

CAIFÁS. Convenido.

JUDAS. Pues voy para enterarme dónde le hemos de ver, y aquí al momento me encontraréis.

CAIFÁS. ¿No faltarás?

JUDAS. Palabra.

CAIFÁS. Al fin nuestro plan conseguiremos.

(Sale Judas.)

ESCENA VII

DICHOS, *menos* JUDAS

CAIFÁS. Ya estoy tranquilo.

ANÁS. La gente tenemos que disponer, pues pronto le hemos de ver humillar la altiva frente. ¡Triunfante en Jerusalén entró; vea cómo sale, que ningún profeta vale lo que un rey!

MALECH. Decís muy bien.

Hijo, me aparta de tí,
 que te contemplo ¡ay de mí!
 en los brazos de la muerte?
 ¿Cómo si llego á perderte
 podré calmar mi ansiedad,
 si al ver tanta iniquidad
 sin demostrar tus enojos,
 no hay lágrimas en mis ojos
 para llorar tu bondad?
 Acude á mi pensamiento
 un recuerdo tan cruel,
 que sólo al pensar en él
 aumenta mi sentimiento.
 ¡Ah!... qué terrible tormento
 cuando á Egipto caminaba
 y en mi regazo ocultaba
 tu existencia, Hijo querido...
 para qué me habrá servido
 si triste fin te aguardaba!
 ¡Te contemplo, Hijo, en la cumbre,
 frío, inerte, solitario,
 y circundado el Calvario
 por la feroz muchedumbre!
 Sin temor ni pesadumbre
 todos se ensañan, ¡oh, sí!
 mientras que el dolor en mí
 vierte raudales de llanto...
 ¡Hijo, calma mi quebranto;
 no puedo vivir sin tí!

(Momento de pausa. La pared del fondo se descorre, apareciendo varios ángeles con los atributos de la Pasión.)

CORO

Calmad vuestra angustia,
 secad vuestro llanto,
 no embargue la calma
 tan fiero dolor.

Al mundo redime
 su triste destino;
 precisa es su muerte
 para el pecador.

(Cesa el coro, desapareciendo los ángeles.)
MARÍA. ¡Bien lo sé; su muerte es cierta;
 no hay á mis desdichas término!

ESCENA IX

DICHA, SALOMÉ y JACOBÉ

JACOBÉ. ¡Secad el llanto, María!
VIRGEN. ¿Quién me prestará consuelo?
 ¿Cómo queréis que la calma
 vuelva otra vez á mi pecho,
 si he de perder para siempre
 á mi Jesús?

SALOMÉ. ¡Trance fiero!

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS, JESÚS y APÓSTOLES

MARÍA. ¡Jesús mío!
JESÚS. ¡Madre amada!
 ¿Por qué tan lenta agonía
 en vos miro retratada?
 Secad el llanto.

MARÍA. ¡Ya nada
 puede volver mi alegría!
 Y en mi continuo sufrir
 no se calma mi ansiedad;
 ¡cómo podré resistir!...

JESÚS. ¡Madre, es preciso morir
 en bien de la humanidad!
 Así mi Padre lo ordena,
 y obedecer es preciso;
 aunque con angustia y pena,
 cuando instituya la cena
 á la muerte iré sumiso.

MARÍA. ¿Y podrás abandonarme
 en mi desdichada suerte?

JESÚS. Es preciso separarme
de vos, y al punto entregarme
en los brazos de la muerte.
Solo así podré salvar
á la humanidad entera,
y el pecado rescatar;
no sois sola; ved llorar
los justos de igual manera.
(Abrese el fondo y aparece el Limbo.)

Coro de justos.

Mirad las angustias,
calmad el dolor,
y preste consuelo
á tanta aflicción.
(Desaparece el Limbo.)

JESÚS. Ya lo oísteis, Madre amada;
dadme vuestra bendición,
porque la hora es llegada
que por mí ha de ser llevada
la Cruz de la Redención.
Partamos. *(A los Apóstoles.)*

MARÍA. ¡Yo desvarío!
¿Y has de alejarte sin mí?
¡Nunca, nunca! ¡No, Hijo mío!
¡Madre!...

JESÚS.

MARÍA. ¡En mis fuerzas confío;
no me separo de tí! *(Jesús cae de rodillas.)*

JESÚS.

¡Oh Padre, que desde el cielo
ves su angustia y su pesar,
mira su llanto brotar
y calma su desconsuelo!
¡Ved su constante sufrir,
ved su angustia y aflicción...
tened de ella compasión
y tranquilo iré á morir.
¡Qué hijo, Señor, no implora
por su madre desgraciada,
y qué madre infortunada
al morir su hijo no llora!
Vuelva á su pecho la calma

si lo puede merecer...
no; no la hagas padecer.

MARÍA.

JESÚS.

¡Pobre Hijo de mi alma!
¡¡Adiós, mi Madre querida!!

(Salen Jesús y Apóstoles.)

MARÍA.

SALOMÉ.

¡¡Adiós, mi Jesús, mi bien!!
¡Lloramos tristes también,
pero vos perdéis la vida!

MARÍA.

¡Terrible pena que empaña
mi corazón dolorido!
¡No irás solo, Hijo querido,
pues tu Madre te acompaña!

(Salen las tres siguiendo á Jesús y Apóstoles.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO VII.—La Cena

Casa de Simón. Mesa servida para trece personas, en el centro. Lámpara que pende del techo y alumbra la escena. Anforas, pebeteros, etc. Al alzarse el telón, Simón dispone lo necesario.

ESCENA PRIMERA

SIMÓN

Por fin vuelve á renacer
en mi pecho la alegría:
que nada falte en mi mesa,
pues quiero ver convertida
mi casa en un paraíso,
pora gozar de sus dichas.
Pero la hora se acerca;
el momento se aproxima
de su llegada, y es justo
que sea bien admitida
su presencia, pues Jesús
no ha de faltar á la cita.
Mas alguien llega... ellos son;
(Mirando á la derecha.)
nunca mayor alegría

sintió el corazón al verle
cruzar mi estancia humildísima.

(Simón sale á recibir á Jesús; Este, al verle, le tiende los brazos, y entran seguidos de los Apóstoles.)

ESCENA II

DICHOS, JESÚS y APÓSTOLES

SIMÓN.

¡Señor! *(Arrodillándose.)*

JESÚS.

Levanta, Simón;
cumpló tu afán como ves,
no te humilles á mis pies,
tu puesto es mi corazón.
Será eterna la memoria
de tu voluntad sincera:
el que en Dios fía y espera,
segura tiene la gloria.

SIMÓN.

Honra tal yo no merezco,
Señor, mas ésta es mi casa;
disponed, aunque es escasa,
la hacienda que hoy os ofrezco.
Así cumpló mi promesa,
y supla mi voluntad
si algo faltara en verdad:
servida tenéis la mesa.

JESÚS.

Gracias, Simón; tus anhelos
por tu inocencia obtendrás,
que el justo premio hallarás
en el reino de los cielos.

(Besa Simón la mano á Jesús, y se retira. Todos se sientan en la mesa. Jesús ocupa el centro; á sus lados Pedro y Juan, y los demás en derredor.)

ESCENA III

JESÚS y APÓSTOLES

JESÚS.

Mis queridos Discípulos: en nombre
del Supremo Hacedor, mi Padre amado,
celebramos la Pascua, y el Cordero

que para tal festejo fué inmolado,
 representa de Dios el sacrificio
 que sufre por librarnos del pecado.
 Gozad dichas sin fin en este día
 que con júbilo todos celebramos,
 y penetre en vuestra alma la pureza
 de estos manjares por mi Padre santos.
 Hoy, al llegar la Pascua, todos deben
 desechar pensamientos inhumanos,
 acatando obedientes y sumisos
 la religión que Dios nos ha legado.
 La mesa al bendecir... Pedro, levanta.

PEDRO. Señor, ¿qué ordenáis á vuestro esclavo?
(Levantándose con humildad.)

JESÚS. Para que estéis en gracia, yo deseo
 lavaros vuestros pies; es necesario
 llevar al cielo las conciencias puras,
 y las almas sin mancha de pecado.

PEDRO. Señor, me confundís, pues no comprendo
 que á un siervo como yo...

JESÚS. Todo es en vano:
 te lo ordena Jesús; Pedro, obedece.

PEDRO. Sí Tú lo mandas, sea pronto.

JESÚS. Vamos.

(Simón y dos criados sirven los efectos para el lavatorio. Los Apóstoles van llegando á Jesús, y Este les lava los pies, abrazándoles después, y todos vuelven á ocupar sus puestos con humildad, excepto Judas, que se distingue por sus soberbios ademanes.)

Coro de ángeles

Postrado de hinojos,
 dando al mundo ejemplo,
 á Jesús contemplo
 tendido á tus pies.

Y en tal sacrificio,
 de eterna memoria,
 señala la gloria
 al justo cual ves.

Del Dios poderoso,
 humano y divino,

seguid el camino
de pena y dolor.

Mira cuál las culpas
del hombre ha borrado,
limpiando el pecado
con santo fervor.

(Cesa el coro. Jesús se dirige á sus Discípulos.)

JESÚS. Recibid de mis manos hoy mi cuerpo,
que es la figura de este pan sagrado,
pues mi Padre querido así lo ordena,
y es preciso cumplir este mandato.
Purifiquen vuestra alma estos manjares
que en memoria del día celebramos.
y al recibir mi cuerpo en este día
no termine en vosotros la alegría.

(Jesús les reparte el pan en las escudillas. Melodía suave, durante la cual aparecerá el Padre Eterno en el forillo del fondo del escenario.)

¡Esta es mi sangre! Bebed todos de ella,
(Presentando el cáliz.)

es el vino por mí santificado,
que la terrible copa de amargura
aún tenéis que apurar, desventurados.

(Pausa. Les da el vino.)

Ahora bien; uno hay entre vosotros,
y cuyo nombre con angustia callo,
que al llegar el momento preferido,
sin duda por mi Padre destinado,
ha de venderme!

(Todos se miran. Pedro se levanta.)

PEDRO. ¡Quién se atrevería
á profanar á su Maestro amado!
¡Decid, Señor, quién es, decidlo al punto;
si ese traidor soy yo, si soy malvado,
caiga el castigo sobre mi cabeza,
que lo espero sumiso y resignado.

JUAN. Permíteme, Jesús: ¿soy, por ventura,
el fermento que tales desacatos
prepara contra tí? Soy yo el que intenta
vender á mi Maestro, á mi amado
Jesús, que en Él cifro mi existencia?

- JESÚS. ¿Soy, por ventura, ese mortal ingrato?
Cálmate, Juan; tus dudas desvanece
y prosigue la senda que has trazado;
cumpla el traidor su voluntad al punto,
pues de saber quién es se cumple el plazo;
escuchándome está.
- JUDAS. *(Levantándose.)* ¡Soy, por ventura,
de vuestra acusación, que causa espanto,
el que os ha de vender?
- JESÚS. ¡Tú lo has dicho!
- (Expectación.)*
- JUDAS. ¡Maldición sobre mí! ¡Sabe el engaño!
- JESÚS. Con harto sentimiento te lo digo;
toma este pan y cumple lo pactado.
- JUDAS. *(Voy á cumplir mi intento sin demora,
que el momento terrible ya ha llegado.
¡Ay de tí, Jesús!)*
*(Tira el pan que le presentará Jesús. Este lo coge y lo besa;
todos se levantan.)*

ESCENA IV

DICHOS, *menos* JUDAS

- JESÚS. Hermanos míos:
esta traición que habéis presenciado,
mi noble corazón, que no me engaña,
me la anunciaba.
- PEDRO. A comprender no alcanzo
que Judas abrigase en su conciencia
pensamientos tan fieros é inhumanos.
(Pausa conveniente.)
- JESÚS. Escucha, Pedro: es fuerza que te diga,
con honda pena que mi pecho embarga,
que en un momento de locura impía,
y antes, Pedro, que sea de madrugada
y el gallo cante, me negarás tres veces.
- PEDRO. ¡Yo, Señor! ¡Qué habéis dicho! Tal infamia
en mi pecho no cabe, ¡yo negaros!...
¡negar á mi Maestro!... ¡esas palabras!...
- JESÚS. Tú las dirás, y las dirás tres veces,

negándome las tres con alma osada.
 Mas, basta, Pedro, que mi triste hora
 ha llegado por fin, pues ya me aguardan.
 ¡Adiós, noble Simón; dame un abrazo!

SIMÓN. Recíbidlo en amor, ¡Jesús del alma!

(Ambos se abrazan.)

JESÚS. Me voy á orar, que el corazón contrito
 con penitencias borra su delito.

(Salen todos por la derecha.)

CUADRO VIII.—Reflexiones de Judas

Telón corto.—Sale Judas pensativo.

ESCENA V

JUDAS, *solo.*

¿Por qué cobarde tiemblo ante mi suerte,
 y con miedo y pavor mi rumbo sigo?

¿Qué pudiera importarme ya su muerte,
 si ha de ser para siempre mi enemigo?

Sarcasmo infunde tu presencia al verte
 y ser dueño de tí por fin consigo.

¿A qué dudar, si el oro vil me ofrece
 quien tus planes saber pronto merece?

(Pausa. Reflexionando.)

Mas si fuese Jesús el prometido,
 y su doctrina resultase cierta...

Necio pensar, ¿acaso no ha venido
 al mundo á deslizar su vida incierta?

El que al traidor perdona, y conmovido,
 ufano, al pecador le abre su puerta,

no puede ser de Dios jamás el Hijo:

¡me debes la existencia y te la exijo!

(Sale por la derecha.)

CUADRO IX. —Dimas, Gestas y Barrabás

Terreno montañoso, con sendas practicable que terminan en la escena. Al fondo, senderos llanos que atraviesan de un lado á otro. Debajo del sendero, y á la izquierda, cueva ó gruta, donde aparece Magdalena en oración. A los lados veredas. Dimas y Gestas descienden de la vereda que conduce al camino.

ESCENA VI

DIMAS, GESTAS y MAGDALENA

GESTAS. Cansado estoy de cruzar
el solitario sendero,
y es preciso, amigo Dimas,
que las fuerzas reparemos.

DIMAS. Tienes razón; el descanso
nos prestará algún consuelo
para poder proseguir.

(Se sientan en unas piedras, sin reparar en Magdalena.)

GESTAS. Siéntate un poco, y hablemos
de nuestros asuntos.

DIMAS. Habla,
que ya te escucho en silencio.
(Pausa conveniente.)

GESTAS. Hace tiempo que el destino,
quizá por desdicha ó suerte,
logró, buen Dimas, ponerte
en medio de mi camino.
Quise al punto conocer
tu valor y tu osadía,
y juntos desde aquel día
nos llegamos á entender.

DIMAS. Prosigue.

GESTAS. Solos los dos
el monte y valle cruzamos,
y con valor nos lanzamos

- siempre del crimen en pos.
DIMAS. ¡Mientes! ladrón siempre fui,
 mas criminal, nunca he sido.
GESTAS. Por eso mismo he querido
 el separarme de tí.
 Inútil es tu valor
 si al herir tiembla tu diestra.
DIMAS. Eso mismo te demuestra
 que nunca he sido traidor.
GESTAS. Pues en ocasión alguna
 puedes perder la partida.
DIMAS. Justo es que quede con vida
 el que queda sin fortuna.
 Mas dí, si es que la verdad
 alcanza á tu pensamiento,
 si tras el triste tormento
 y la profunda ansiedad
 en que nos lanzó el destino
 del traidor á la pendiente,
 se aumentase en nuestra frente
 la marca del asesino.
 ¿No basta acaso robar
 sin temor y sin conciencia,
 sino que hasta la existencia
 no queramos respetar?
 Medita, Gestas, con calma
 cuanto en mi pecho sentí,
 y si así piensas, á tí
 me entrego con vida y alma.
GESTAS. Tienes razón; has logrado
 con tu relato sincero,
 devolver mi paz, y espero
 ser tuyo por de contado.
DIMAS. Gracias. (*Dánse las manos y se levantan.*)
GESTAS. Lograste aplacar
 este sanguinario intento;
 vamos andando al momento,
 que hay mucho que caminar.
 (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII

JUDAS y MAGDALENA

JUDAS.

Vagando sin ruta andaba
figurándome engañado,
que había al fin olvidado
á la que en mi sér mandaba.
No quise en Jesús creer,
y no me pesa, á fe mía;
la causa bien la tenía
el amor de esa mujer.
¡Ah! si la pudiera hallar,
mi venganza sería fiera,
y mil veces el alma diera
por poderla yo encontrar.
De mi sino voy en pós
y se ha de lograr en mí...

(Al volver la vista, se encuentra con Magdalena, que permanece en oración, y retrocede.)

¡Mas, cielos! ¿Que es lo que ví?
sin duda la envía Dios.

(Judas calla. Magdalena no repara en él.)

MAG.

¡A ti solo, Dios del cielo,
te pido en llanto bañados
mis ojos, con desconsuelo,
que perdones con anhelo
mis sacrílegos pecados.
Y al mirar la obscuridad
que el cielo con sus crespones
extiende en la inmensidad,
siento que el dolor...

(Judas se habrá ido acercando á la cueva, presentándose ante Magdalena. Esta, al verle, se horroriza.)

JUDAS.

¡Calmad
vuestras torpes oraciones!

(Cogiéndola del brazo y trayéndola al centro de la escena.)

MAG.

¡Ah!...

JUDAS.

Juré vengarme de tí,
y mi afán he conseguido;

no deis el menor gemido,
que no respondo de mí.
MAG. Absuelta ya, al cielo toco
y hoy mi deber es primero.
JUDAS. Tu amor es lo que yo quiero,
lo demás me importa poco.
MAG. Con la fe el perdón se alcanza.
JUDAS. Me favorece la suerte,
y antes prefiero la muerte
que no cumplir mi venganza.
MAG. ¡Horror!!
JUDAS. Me alienta el destino
en mi sangrienta porfía;
no grites, pues ya eres mía.
MAG. ¡Perdón! ¡Socorro!
BARRABÁS. (*Apareciendo.*) ¡Asesino!

ESCENA VIII

DICHOS, y BARRABÁS

JUDAS. ¡Maldición!
MAG. ¡Piedad!
BARRABÁS. ¿Qué es esto?
JUDAS. ¡Barrabás! (*Reconociéndole.*)
BARRABÁS. ¿Qué ibas hacer
con una débil mujer
que sabe guardar su puesto?
MAG. ¡Compasión al desdichado!
BARRABÁS. Cómo ha de hallar compasión
el que ejerce su traición
con una mujer: ¡malvado!
MAG. ¡Piedad!
BARRABÁS. ¡Levanta del suelo,
y tú disponte á morir!
¡No lo intentes impedir!
MAG. ¡Os lo pido por el cielo!
JUDAS. ¡Oh rabia! desde este instante,
y al depender de tu suerte,
he podido comprenderte...
es digna de tal amante.

- BARRABÁS. Por cobarde y por impío
 mereces la muerte fiera,
 probando de esa manera
 á dónde llega mi brío.
 Pero antes de hacer alarde
 del gran poder que me abona,
 yo te pondré por corona
 el sello de vil cobarde.
*(Jesús aparece por el sendero seguido de sus Apóstoles,
 y se acerca lentamente sin ser visto por los demás.)*
- MAG. ¡Jesús! ¡Jesús!
- BARRABÁS. ¡Triste suerte
 te espera! *(A Judas.)*
- MAG. ¡En dónde estás?
- JESÚS. ¡Calma al punto á Barrabás!
 Ya camino hacia la muerte.
(Jesús, sin reparar en ellos.)
- BARRABÁS. ¡Maldición! *(Al ver á Jesús, huye.)*
- MAG. ¡Gracias, Dios mío!
- JUDAS. ¡Mi Maestro! ¡Ah!... Observemos
 dónde va, y así podremos
 prenderle; en ello confío. *(Se oculta.)*

ESCENA IX

JESÚS, JUDAS, MAGDALENA y APÓSTOLES

- MAG. No hay duda, su voz oí.
 Señor, ¡piedad!... *(Viendo á Jesús.)*
- JESÚS. Tu desvelo
 tendrá su fin en el cielo,
 pues Dios se apiada de tí.
 Calma al punto tu ansiedad,
 y pues me llama mi Padre,
 ve á consolar á mi Madre
 en su triste soledad.
- MAG. Nunca me separaré
 de ella, Señor.
- JESÚS. En tí fío.
- MAG. ¡Adiós, adiós, Jesús mío;
 sus penas consolaré!

ESCENA X

DICHOS, *menos* MAGDALENA

JESÚS. Cumplióse, por fin, la hora
de separarnos.

PEDRO. ¡Señor!... *(Melodia.)*

JESÚS. Al Huerto con mi dolor
marcho al punto sin demora.
Pero antes de partir
para siempre hacia la gloria,
guardad en vuestra memoria
lo que os tengo que decir. *(Pausa.)*
Sed amparo del que gime,
prestadle apoyo y consuelo,
y enseñadle que en el cielo
el que es justo se redime.
Con inmensa caridad
dad de comer al hambriento;
agua llevad al sediento,
y al pobre ciego guiad.
Jamás penséis en la ofensa
que os haga vuestro enemigo,
y llevad siempre consigo
la caridad por defensa.
Y pues se acerca el instante
que se cumpla mi ansiedad,
Pedro, Juan, Jaime, llegad;
id los demás adelante.
Todos, en amantes lazos,
recibid mi adiós postrero;
mi deber es lo primero:
aquí os esperan mis brazos.
*(Se abrazan y cónsanse. Pedro, Juan y Jaime le siguen.
Judas sale de su escondite y dice:)*

JUDAS. ¡Al fin supe con acierto
dónde vas, aunque te afliges!
¡hacia el Huerto te diriges!...
¡pronto estaré yo en el Huerto!
(Sale precipitadamente.)

CUADRO X.—Ambición de Judas

Salón corto de Caifás.

ESCENA XI

CAIFÁS y ANÁS

CAIFÁS.

¡Cuánto tarda!

ANÁS.

En mi opinión,

poco durará su ausencia.

CAIFÁS.

¡Ay Anás, con qué impaciencia
le aguarda mi corazón!

A cada instante que pasa
sin ver mi afán satisfecho,
siento un volcán en mi pecho
que mi corazón abrasa.

Es mi empeño tan tenaz
por castigar su vileza,
que inmolara mi grandeza
por conseguirlo.

ANÁS.

Alejad

tan importuno temor,
pues no tardará en venir,
y hoy mismo se han de cumplir
vuestras órdenes, Señor.

Accediendo á su codicia
nuestro plan conseguiremos,
y de Judas obtendremos
el castigo á su malicia.

Muy pronto debe llegar.
Mas se acercan...

CAIFÁS.

¡Él es... sí!

De gozo siento ¡ay de mí!
mi corazón palpitar.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y JUDAS

JUDAS. Ya me tenéis aquí.

CAIFÁS.

¡Con qué impaciencia

esperaba llegase este momento.
¿Qué nuevas traes?

JUDAS. Las gentes por doquiera
le aclaman sin vacilar, y hasta en el templo
el pueblo en masa sin cesar acude
rogando que predique el Evangelio.

ANÁS. Ya lo véis, señor: si llega de las turbas
á despertar su pertinaz deseo,
desde hoy Jerusalén veréis rendida
ante la voluntad del Nazareno.

JUDAS. No será eso verdad mientras yo aliente,
pues cuando cobre de mi hazaña el premio,
libre os veréis de ese temor insano
y hoy mismo en vuestra casa será puesto.
Dispuesto me tenéis para prenderle.

CAIFÁS. Toma la suma. (*Dándole una bolsa.*)

JUDAS. (*En mi poder la tengo.*)

Terminemos cuanto antes este asunto.

CAIFÁS. ¿Y cuándo has de prenderle?

JUDAS. Lo más presto.

Orando está en el Huerto de Olivete,
y el sitio es ese donde será preso.

CAIFÁS. Gracias, Judas; respóndeme sin tregua:
¿cómo saber quién es el Nazareno?

JUDAS. Aquel á quien me humille en su presencia
y en su mejilla deposite un beso,
será Jesús, y la señal es esa
para prenderle al punto.

CAIFÁS. Siendo cierto,
tus órdenes esperan mis soldados,
que á partir en seguida están dispuestos.

CAIFÁS. En tí confío.

JUDAS. Pronto iré en su busca.

CAIFÁS. Mi pensamiento al fin verá resuelto.
(*Salen por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO XI. — El Huerto

Huerto rodeado de árboles. En una desigualdad del terreno que domina la escena, y á la derecha, aparece Jesús orando. Pedro, Juan y Jaime aparecen dormidos. La figura de Jesús estará iluminada con luz Drumont. Es de noche.—Coro lejano.

CORO

Pidiendo al Eterno
por nuestros pecados,
y el pecho transido
de inmenso dolor.

Apurando el cáliz
de horrible amargura,
postrado de hinojos
mirad al Señor.

Contempla afligido
su angustia y su pena,
pues solo se encuentra
el Dios de Israel.

Debemos unidos
consolar sus penas,
y en tanto, sumisos,
lloremos con Él.

HABLADO

ESCENA PRIMERA

JESÚS, PEDRO, JUAN y JAIME

JESÚS. Ya se acerca el momento de mi muerte.
Ya todo para mí se ha terminado;
si el mundo me ha de ver crucificado,
cúmplase, pues, mi desdichada suerte.
Si por librar al hombre del pecado,
preciso es, Padre mío, obedecerte,
ya que la pena mi dolor embarga,
dame fuerzas en lucha tan amarga.

(Pausa. Se levanta.)

Nada se escucha; todo yace en calma;
entregados están éstos al sueño,
é inútil ha de ser todo mi empeño
en ahuyentar la tentación del alma.

(Se arrodilla.)

¡Padre y Señor! si el rudo sacrificio
he de sufrir para salvar al hombre,
tan sólo te suplico, y no te asombre,
que termine cuanto antes mi suplicio.

(Queda en profunda meditación. La bengala ilumina la figura del Angel, que aparece por el ribazo donde está Jesús, entre nubes de gloria, ostentando en sus manos un cáliz y una cruz.)

ESCENA II

DICHOS y el ANGEL

ANGEL. Sufre con resignación,
Hijo de Dios verdadero,
hasta llevar el Madero
de tu sagrada Pasión.
Cumple con la obligación
del Hijo de Dios divino,
y al cruzar por el camino
que el Eterno te ha trazado,

muéstrate, pues, resignado,
 que ese sin duda es tu sino.
 Hé aquí tu Cruz sacrosanta
 y el cáliz de tu amargura;
 hasta las heces apura
 con resignación muy santa.
 Si contra tí se levanta
 la calumnia del infierno,
 no dudes que el Padre Eterno,
 con muestras de afán profundo,
 hoy mostrarte quiere al mundo
 con las luchas del averno.
 Será de eterna memoria
 tu sacrificio inhumano,
 y el Eterno, con su mano,
 hoy te señala la gloria.
 Si la lucha espiatoria
 por salvar al mundo entero
 sufres con amor sincero
 por librarle del pecado,
 morirás crucificado
 en la Cruz, ¡sacro Cordero!
(El Angel desaparece y con él la bengala.)

ESCENA III

DICHOS, *menos el ANGEL*

JESÚS. ¡Eterno Dios! que el corazón contrito
 hoy me inundas de pena y sentimiento,
 si á morir en la Cruz soy destinado,
 tu voluntad suprema aquí la espero.
 Aguardo con paciencia tus mandatos,
 y al hacer en tu honor mi último esfuerzo,
 déjame al menos, en angustia tanta,
 sobrellevar la Cruz de mi tormento.
 Si resiste mi espíritu la carga
 que ordenas que soporte, yo el Madero
 he de llevar sumiso y obediente
 subiendo del Calvario la pendiente.
(Rumores dentro.)

¡Discípulos, alzad! Estad alerta,
(Los Apóstoles se levantan.)
 que en este instante de dolor supremo
 avanzan á este sitio los traidores
 que prenden á Jesús, vuestro Maestro.

ESCENA IV

DICHOS; JUDAS, MALCOS y SOLDADOS

con antorchas, por la derecha.

JESÚS. ¡Ya llegan! ¡Triste de mí!
 PEDRO. ¡Oh, qué es esto!
 MALCOS. *(Saliendo.)* Nada veo.
 JUDAS. Pues adelante; yo creo
 que debe estar por aquí.
 Registrad por la espesura.
 MALCOS. A quien te vea besar
 al punto mandaré atar.
 PEDRO. ¡Oh... qué terrible amargura!
 JESÚS. ¿A quién buscáis?
 PEDRO. Pondré freno
 si á Jesús le maltratáis. *(Dirigiéndose á Malcos.)*
 JESÚS. Responded, ¿á quién buscáis?
 MALCOS. ¡A Jesús el Nazareno!
 JESÚS. ¡Yo soy! *(Todos se' arredillan.)*
 Alzad. *(Se levantan.)*
 PEDRO. ¡Por mi nombre,
 que castigaré al cobarde!)
 JUDAS. Noble Jesús, Dios te guarde.
 PEDRO. *(Su faz hace que me asombre.)*
 JESÚS. ¿Qué intentas?
 JUDAS. Sólo pagar
 tu cariño con exceso,
 con un abrazo y un beso. *(Lo hace.)*
 JESÚS. ¿Por qué así me has de entregar;
 por qué tal profanación
 con quien tanto te ha querido,
 y hoy me vendes seducido
 por la codicia?
(Judas le besa y desaparece.)
 PEDRO. ¡Oh... traición!

SOLD. 1.° Ya por hoy seguro estás
y calmas mis arrebatos;
conque á casa de Pilatos.
MALCOS. ¡Primero, á la de Caifás!
(*Le llevan en tropel.*)

CUADRO XII.— Casa de Caifás

Telón corto. Salón del Consistorio.

ESCENA V

CIUDADANOS, ESCUDEROS, PUEBLO, *luego* JESÚS,
MALCOS y SOLDADOS

SAYÓN 1.° Ya hemos llegado á la casa
del Pontífice.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Que muera!

SAYÓN 2.° Adelante; ¿qué se espera?

ESCUADERO. Nadie sin permiso pasa.
Licencia habéis menester,
y pedirla es necesario.

SAYÓN 1.° Nadie opina lo contrario;
á Caifás hemos de ver
y decirle que, en rigor,
del mandato soberano,
el pueblo ya acude ufano
conduciendo al malhechor.

(*Salen Jesús, Malcos y Soldados.*)

SAYÓN 2.° ¿Á qué se espera?

SAYÓN 1.° El permiso
para poder penetrar.

SAYÓN 2.° En caso tan singular
no me parece preciso.

ESCUADERO. Hebreo, tu lengua calla
y al Pontífice respeta,
pues tu palabra indiscreta
su gran poder avasalla.

- MALCOS. Silencio.
- ESCUDERO. Voy al momento
á pedir vuestra licencia
para entrar.
- SAYÓN 1.º Ya la impaciencia
se trueca en cruel tormento.
- MALCOS. Hoy, por fin, vas á pagar
tus descaros inauditos;
para purgar tus delitos
tu muerte hay que sentenciar.
Nada mi furia domina,
y aunque te muestres perplejo,
demostraré en el Consejo
lo falso de tu doctrina.
Y allí, entre sabios Doctores,
declararán tu sentencia,
conduciéndote á presencia
del noble Tetrarca Herodes.
¿Nada respondes? Mejor.
¿Te acobarda el Consistorio?
Veremos si en el Pretorio
declaras ante el Pretor.
- JESÚS. ¿Por qué así me maltratáis,
si soy un sér indefenso?
- MALCOS. ¡Oh... Al escucharos pienso
que mi furia acrecentáis!
Y pues mi rencor se aviva
con las palabras del necio,
tan sólo como desprecio
manche tu faz mi saliva.
(Le escupe en el rostro.)
- JESÚS. ¡Oh!...
- TODOS. ¡Ja, ja, ja!
- SOLDADO 1.º Considera
que no merece otro honor
quien al César es traidor.
- ESCUDERO. *(Saliendo.)* El Pontífice os espera,
(Entran todos por la derecha.)

ESCENA VI

JUDAS, *por la izquierda.*

Hacia aquí les ví llegar
 y cruzar este aposento.
 ¿Qué vapor calenturiento
 siento en mi frente abrasar?
 Mas yo no acierto á explicar
 el motivo ó la razón
 de por qué mi corazón
 se entristece... Yo deliro,
 y hasta el aire que respiro
 me causa triste aflicción.
 ¿Por qué entristecerme así,
 cuando el dinero me sobra?
 ¿No fué el pago de mi obra
 que sin recelo cumplí?
 ¿Qué puede importarme á mí
 lo demás? ¿A qué estos enojos,
 que convirtiendo en despojos
 mi corazón se estremece,
 y por instantes parece
 que huye la luz de mis ojos?
 ¿Será visión infernal
 que se apodera en mi mente?
(Rumores dentro.)
 ¡Ese rumor!... Ya la gente
 ha entrado en el Tribunal.
 ¡Le acusan!... Su fin fatal
 ya en el Consejo se acata.
 ¡Cual torrente se desata
 oigo que piden su muerte!...
 ¡Pobre Jesús! ¡Quiero verte!...
 ¡Oh... cuánto pesa esta plata!
(Entra lentamente por la izquierda.)

CUADRO XIII

Tribunal de Caifás y Las tablas de la ley

Tribunal de Caifás, con dosel en el fondo y escalinatas laterales, donde aparecen sentados los Doctores.

ESCENA VII

CAIFÁS, JESÚS, ANÁS, MALCOS, DOCTORES
y PUEBLO

MALCOS. A tan excelsa presencia
llegamos con este hombre,
de cuya falsía el nombre
hoy reclama su sentencia.
Falso rey pretende ser
de Judea el mentecato,
dicta tu sabio mandato,
porque grande es tu poder.
Con sus ejemplos malditos
á las gentes va engañando,
y poco á poco empañando
el poder de nuestros ritos.

CAIFÁS. Silencio; traidora y terna
es su ciencia, según creo.
Acérquese más el reo,
pues quiero verle de cerca.
(Malcos aproxima á Jesús.)
Pretendes cubrir tu mal;
con tus doctrinas te escudas,
y hay que aclarar estas dudas
delante del Tribunal.
Al punto has de contestar
á cuanto voy á decirte,
no trates de arrepentirte,
pues es preciso aclarar
tus palabras; si á la ley
se opone tu obstinación,

no alcanzarás el perdón;
habla al punto, falso rey.
Tu afán ya queda predicho,
pues según tus profecías,
¿eres Jesús el Mesías
Hijo de Dios?

JESÚS. ¡Tú lo has dicho!

ROBOAN. ¡Oh rabia!

ANÁS. En furor estalla
mi pecho de indignación.

MALECH. Clara se ve su traición.

ANÁS. ¡Es un vil!

ROBOAN. ¡Es un canalla!

MALCOS. Tal profanación oí,
y no puedo tolerar
ofensa tan singular.
¡Toma, en castigo! *(Le da una bofetada.)*

JESÚS. ¡Ay de mí!

CAIFÁS. Excita mis arrebatos.

ANÁS. Su muerte se hace precisa:
que le conduzcan deprisa
á la casa de Pilatos.

CAIFÁS. ¡Silencio! Puesto que véis,
Doctores, lo que acontece,
al instante me parece
que su sentencia penséis.
Cada cual á su manera,
y en pleno Consejo, creo
que opinéis sobre este reo,
que vuestra sentencia espera.
Pues apellidarse rey
de Judea es su delito,
quede vuestro fallo escrito
en las tablas de la ley.

(Pausa. Todos escriben la sentencia en las tablas de la ley y van mostrándolas al Pontífice, que las lee y las enseña al pueblo, colocándolas en la pared. Las tablas dirán, por boca de los Doctores, lo que sigue:)

ROBOAN. «Por traidor debe morir.»

SARCAS. «Castiguemos su insolencia.»

ANÁS. «Que se dicte su sentencia.»

MALECH. «La ley debemos cumplir.»

- ARITMATEA. «No debemos castigar
sin oír antes al reo.»
- DARABIA. «Su muerte precisa creo.»
- NICUDEMUS. «Dios nos manda perdonar.»
- PORTIFANO. «Que se condene al malvado.»
- JOSAFAT. «Su vil traición escarnece.»
- PLOTOMEO. «Pena de muerte merece.»
- BENJAMÍN. «Que muera crucificado.»
- CAIFÁS. Ya vimos cuál es su suerte:
no ha conseguido el perdón;
¿es de todos la opinión
el darle afrentosa muerte?
- TODOS. ¡Sí! ¡sí!
- CAIFÁS. Corriente, Doctores;
ya el Consejo ha terminado.
- MALCOS. ¡Que muera crucificado!
- CAIFÁS. Ya basta; ¡á casa de Herodes!

CUADRO XIV

Arrepentimiento de Judas

Telón corto. Salón del Consistorio, por donde pasarán las turbas conduciendo en tropel á Jesús, en medio de los Soldados y Sayones. Judas. que saldrá confundido con la multitud, se detendrá en escena hasta que salen los Doctores, que llegan detrás del pueblo.

ESCENA VIII

CAIFÁS, ANÁS, JUDAS y DOCTORES

- CAIFÁS. ¿Habéis visto qué baldón?
- ANÁS. Pronto tendrá su escarmiento.
- JUDAS. (¡Qué pesar es el que siento
que embarga mi corazón!
¡Oh... qué infamia he cometido
con Jesús!... ¡Dios infalible!...
¡qué crueldad tan horrible!...

soy un traidor... le he vendido!)

¡Tened, tened el dinero
y arrojarme á la pendiente;
poned un sello en mi frente
por traidor y por artero!
Aquel momento de enojos,
por borrar diera mil vidas;
ved cuál corren desprendidas
las lágrimas de mis ojos.

Mil veces he procurado
detenerme en mi camino,
y otras tantas mi destino
al abismo me ha lanzado.
Y pensando en mi delirio
y en mi desdichada suerte,
busco afanoso la muerte
tras el terrible martirio.

¡Por mi loco frenesí
tan sólo la muerte ansío;
pero antes... ¡perdón, Dios mío,
tened compasión de mí!

CAIFÁS.

Tu razón se extravió,
pues no te hube comprendido.

JUDAS.

¡Qué!... ¿no me habéis entendido?

CAIFÁS.

Yo te juro...

ANÁS.

Yo...

ROBOAN.

Ni yo...

JUDAS.

¡Oh... rescatar por favor
á Jesús... á mi Maestro!...

CAIFÁS.

¿Has olvidado que es nuestro?
¿que le vendiste, traidor?

JUDAS.

Sí; mas devuelvo el importe
de mi traición cometida;
poned la venda en la herida
y que la sangre soporte.

CAIFÁS.

¡Vete, infame; vete en pos
del sanguinario destino,
cruza afanoso el camino
que te enseñó el falso Dios!

JUDAS.

¡Calmad, calmad el dolor
á quien tanto te se humilla.
doblo ante tí la rodilla

- besando tus pies, señor. *(Arrodillándose.)*
- CAIFÁS. Eres todo un mentecato,
y el oírte me estremece.
- JUDAS. ¡Y en mi alma la furia crece
al mirar á un insensato!
Mil veces te he suplicado
y otras mil con fe lo hiciera,
pero no encuentro manera
de convertirme, ¡malvado!
- CAIFÁS. Molesto estás por demás.
y mandaré se te prenda.
- JUDAS. Considera que la enmienda
la tengo...
- ANÁS. ¡A él!
- JUDAS. ¡Atrás!
- (Pausa. Caifás habrá llamado á los Soldados, y, á una señal, pretenden prender á Judas.)*
- ¡Ya las iras del Eterno
castigan mi atroz delito!
¡seáis por siempre maldito
y á mí me trague el infierno! *(Vase desesperado.)*

ESCENA IX

DICHOS, *menos* JUDAS

- CAIFÁS. ¿Qué os parece el insensato?
ANÁS. A comprenderle no acierto.
¿Con que después de prenderle
viene con afán perverso
á devolveros la suma
de su traición?
- ROBOAN. Fuera necio
que un traidor se arrepintiera,
viniendo al fin con pretextos,
y disculpando el motivo
después que el daño está hecho.
- CAIFÁS. Recojamos esa suma,
y con su importe compremos
un apartado lugar
donde descansen los restos
de los que por nuestra ley

divulgando el secreto que me asombra.

A mí se acerca... no; espérate un momento;
no ejecutes tu bárbara sentencia,
que el grito aterrador de mi conciencia
yo mismo al sacrificio voy contento. (*Pausa.*)

Preciso es acabar: hoy que el averno
sus puertas me abre, se verá cumplida
mi espriación: termine aquesta vida,
condenada por siempre al fuego eterno.
Huyendo de los hombres he llegado
donde tan sólo el eco de mis penas... (*Transición.*)
la sangre afluye á mis ardientes venas
y muero de dolor desesperado.

¡Yo aborrezco la vida que me ofreces!
¡Cómo un rayo del cielo no sepulta
mi misera existencia, y no me oculta
lejos del mundo? ¡Huyendo de los jueces
soy asesino, que la ley temiendo
de los hombres, sin rumbo he caminado,
y pues he de vivir desesperado,
á Lucifer con gozo me encomiendo!
¡Un árbol!... ¡Oh, ni un árbol, Dios clemente,
(*Buscándole desesperado.*)

parece que el infierno se recrea
en mí: un árbol, donde mi muerte sea...
ya le diviso cerca del torrente!

(*Con alegría, señalando á la izquierda*)

¡Cuerda infernal, arrolla mi garganta,
y quedé suspendido en el espacio,
pues ya que para los traidores no hay clemencia,
preciso es que termine mi existencial

(*Lanza la cuerda por la izquierda, donde se supone el árbol, y
simula ahorcarse. Un volcán de fuego se dejará ver en el mo-
mento de arrojarle Judas. Tormenta y grandes relámpagos se
sucederán durante toda la escena.—Esmérese el actor.*)

FIN DEL ACTO CUARTO





ACTO QUINTO

CUADRO XVI.—Pedro en casa de Caifás

Decoración corta. Salón de Caifás. Al alzarse el telón aparecen varios soldados formando diferentes grupos. San Pedro aparece por la izquierda, y se detiene.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, y á poco SOLDADOS

- PEDRO. Con el corazón ardiente,
siguiendo el mismo sendero,
le he visto llegar aquí
entre el escarnio del pueblo.
Temo que me reconozcan...
Por más que yo busco el medio
de consolarle... imposible!
- SOLD. 1.º ¡Calla! Si mal no recuerdo,
tú con Jesús hace poco
estabas.
- PEDRO. (¡Qué escucho, cielos!)
No le conozco, te engañas.
- SOLD. 2.º También le he visto en el Huerto
con Jesús.
- PEDRO. Digo y repito
que no es verdad.
- SOLD. 2.º Por el pueblo
(Mirándole fijamente.)
has andado todo el día

SOLD. 1.º siguiendo á ese Nazareno.
 PEDRO. Es verdad; ¡prendedle! ¡Calma;

que yo os juro, por el cielo,
 que no le conozco.

SOLD. 1.º Entonces,
 tal te pareces, que creo,
 al no haberlo tú jurado,
 que eras el que digo.

SOLD. 2.º Entremos,
 que el Pontífice nos llama.

(Todos se retiran; en este momento canta el gallo. Pedro se horroriza.)

ESCENA II

PEDRO

¡Mi expiación! ¡Oh, qué es esto!
 ¡Por tres veces le he negado,
 y el gallo cantó á su tiempo!
 ¡Traidor!... ¡Sí; traidor he sido
 negando infame al Maestro,
 y el castigo de mi falta
 llevo constante aquí dentro!

(Señalando al corazón.)

¡Santo Dios!... ¡Tu justa cólera
 lanza sobre mí al momento,
 y termine mi existencia
 condenada al fuego eterno!...
 ¡Qué haré, Dios mío, en el mundo,
 sin tu apoyo ni consuelo...
 Recoja el Señor mi alma,
 porque vivir más no puedo!

(Sale sollozando.)

CUADRO XVII.—Tribunal de Herodes.

Sala de Justicia en casa de Herodes. Este aparece sentado en su trono.
Caifás y los Doctores le rodean.

ESCENA III

HERODES, CAIFÁS y DOCTORES; *luego* JESÚS,
SOLDADOS y PUEBLO

CENT. Tetrarca: manda Poncio á tu presencia
el criminal que por demás conoces.

HEROD. Que pase al punto; mi deber me ordena
el castigar sus crímenes atroces.

(Entra Jesús con la Centuria y Pueblo.)

Acércate, Jesús; tengo entendido
que tus maldades, con delirio insano,
al pueblo de Judea, logran rendido
desmerecer la ley del soberano.

Que envuelves con tu ciencia un gran misterio;
que al pueblo le demuestras tus desmanes;
que consigues vencer en tus afanes,
ofendiendo los ritos de Tiberio.

¿Acaso has olvidado que uno solo,
César Tiberio, disponer le toca?

Pero no, que hoy pretendo de tu boca
escuchar la defensa; á tí me inmoló.

Contesta al punto. *(Jesús calla.)*

Tu desdén contemplo.

¿Eres tú quien, con frases tan impías,
trocar puede en escombros, y en tres días
dice que puede levantar el templo?

¿Eres tú quien, cobarde, rey se llama,
diciendo que de Dios eres el Hijo?

Explica este misterio; te lo exijo
para probar los hechos de tu fama.

(Jesús sigue en silencio.)

¿Nada dices? Por tanta terquedad

colocadle la blanca vestidura,
símbolo del delirio y la locura.

(Pausa.—Los Sayones lo hacen.)

y cruce de este modo la ciudad.

ANÁS. ¡Cuánto tesón!

CAIFÁS. No hay duda, el que es maldito
tiene que enmudecer.

HEROD. En tu defensa
expón tu agravio al punto, pero piensa
que, si mientes, aumentas tu delito. *(Jesús calla.)*
Éxcita tu silencio mi rigor,
y vengarme te juro, por mi nombre.
Llevad ante Pilatos á este hombre;
que dicte su sentencia el gran Pretor.

CUADRO XVIII.—Casa de Pilatos

Salón corto en casa de Pilatos.

ESCENA IV

PILATOS *solo.*

Cual torrente que fiero se desborda
arrastrando con fuerza sobrehumana
cuantos objetos á su paso encuentra
y sepulta al abismo, así se lanzan
en pos del Nazareno los judíos,
sedientos de traición y de venganza.
Herodes los alienta... ¡Desdichado!
¿Acaso ignoras que el deber te marca
castigar con justicia, y no cobarde
saciar en el demente tu venganza?
¿Qué más digno de nombre y poderío
que refrenar las masas desbordadas
y fiel justicia administrar con calma
sin que la duda te destroce el alma?

*(Queda un momento pensativo y como dominado por una idea
que le atormenta.)*

Pudiera mi poder aniquilarles

poniendo freno á su sangrienta trama;
 mas ¿cómo poner valla ante ese pueblo,
 en cuyas manos mi destino se halla? (*Reflexionando.*)
 Si acaso me recuerda con sonrojo,
 venciendo mi poder y mi arrogancia,
 que para el César despojé yo el templo,
 labraría mi ruina y mi desgracia.
 ¡Recuerdo horrible!... seguiré la senda
 con que el destino mi deber me marca,
 y queden sepultados y escondidos
 hechos que permanecen ya dormidos.

ESCENA V

DICHO y CLAUDIA

- CLAUDIA. Poncio, domina las iras
 del alborotado pueblo,
 pues por todas partes gritan
 condenando al Nazareno;
 y, si he de decir verdad,
 no hallo suficiente medio
 para castigarle tanto.
- PILATOS. Ni yo tampoco le encuentro;
 sin embargo, ¿qué he de hacer?
- CLAUDIA. Tú eres señor de esos siervos
 y gran Pretor de Judea,
 dueño de los Fariseos,
 y puedes hacer...
- PILATOS. Repito,
 Claudia, que yo no puedo.
- CLAUDIA. ¡Ay, Poncio, no contradigas
 el llanto que por El vierto;
 participa de la pena
 que embarga mi sentimiento,
 ó deja al menos que lllore,
 ya que salvarle no puedo.
- PILATOS. Basta, Claudia; yo veré
 si consigo con acierto
 que le perdonen.
- CENT. (*Entrando.*) ¡Señor!...

PILATOS. ¿Qué ocurre?
 CENT. Con mucho empeño
 ha llegado una mujer,
 la cual solicita veros.
 PILATOS. No comprendo quién será.
 CLAUDIA. ¿Cómo se llama?
 CENT. No puedo
 responder, pues no me ha dicho...
 PILATOS. Que pase al punto; yo creo
 que será alguna enviada.

ESCENA VI

DICHOS y MAGDALENA

PILATOS. ¡Ah, Magdalena! ¿qué es esto?
 ¿tú en mi casa? una mujer
 envuelta en el vilipendio...
 ¿qué buscas aquí?

MAG. Señor...
 no soy quien creéis; es cierto
 que mi vida sólo ha sido
 vagar por el universo,
 siendo la infame mujer
 y mereciendo desprecios.
 Hoy ya soy la Magdalena
 que, arrepentida, aquí vengo
 á interceder por Jesús,
 mi santa misión cumpliendo.
(Se arroja á sus pies sollozando.)

CLAUDIA. ¡Bien, Magdalena!

PILATOS. Levanta:
 levanta al punto del suelo,
 que yo he de hacer, por mi vida,
 cuanto dependa mi esfuerzo.

MAGD. ¡Dios os premie el beneficio
 que en mi nombre le habéis hecho;
 que el cielo os guarde, señor. *(Vase.)*

PILATOS. Marchad á vuestro aposento.
(Conduce de la mano á Claudia al aposento de la derecha, volviendo muy pensativo.)

ESCENA VII

PILATOS *solo*

¿Por qué intranquilo me ocupa ese inocente,
 y en duda horrible el corazón batalla?
 Si en El no hallan motivo, ¿por qué todos
 en confusión constante le delatan?
 Si acaso es inocente, como espero,
 ¿cómo he de sentenciarle, si es su causa
 predicar una ley que nadie sabe
 descifrar su misterio y sus palabras?
 Es indigna de Poncio esta sentencia,
 que Herodes pide con atroz venganza;
 mas si el pueblo se obstina ya en matarle,
 no hay remedio, tendré que sentenciarle.

ESCENA VIII

DICHOS, y CENTURIÓN

- CENT. Señor, aquí se acercan los soldados
 conduciendo á Jesús á esta morada,
 y entre algazara y gritos descompuestos
 se amotinan de las puertas á la entrada.
- PILATOS. ¿Y he de verle de nuevo?...
- CENT. Hacia el Pretorio
 acuden con presteza ya las masas
 reclamando justicia.
- PILATOS. ¡Pueblo impío!...
 déjales libre, sin temor, la entrada.
(Sale el Centurión.)
 Al fin Herodes por saciar su ira,
 le condena á Jesús; si yo lograra
 demostrar su inocencia... ya veremos;
 vamos al Tribunal; tengo esperanzas.
(Vase expresando en su rostro la alegría, como iluminado por una idea.)

CUADRO XIX.—El Pretorio

El Pretorio. Al alzarse el telón aparece en escena, invadiendo toda el ala derecha del público, el pueblo. Columna al centro. Al fondo balconcillo con escalinatas practicables. Pilatos aparece por la derecha, tercer término, colocándose en el balconcillo, desde donde dirige su palabra al pueblo. El trono de Pilatos á la derecha, y en sus escalinatas dos Lictores. Dicho trono, tan solo se utilizará para subir á él dos Lictores que escribirán la sentencia que redacta Pilatos.

ESCENA IX

JESÚS, PILATOS, CAIFÁS, ANÁS, MALCOS,
DOCTORES, LICTORES, CENTURIA Y PUEBLO

ANÁS. ¡Adelante con Él!

VOCES. ¡Muera!

PILATOS. *(Saliendo.)* ¿Qué voces se escuchan sin temor en mi morada? ¡Silencio ordeno! y ¡ay del desdichado que á proferir se atreva una palabra!

(Todos enmudecen.)

Explicaos, Doctores; ¿qué sucede, que volvéis otra vez? ¿Cuál es la causa? ¿No le he mandado á Herodes hace poco?

CAIFÁS. El nos manda volver á vuestra casa, pues después de decir lo que pensábais y de escuchar por mí vuestras palabras, que le vistiéramos mandó esa túnica que, de locos como Él, ésa es la marca.

PILATOS. ¿Y qué queréis, desventurada gente? ¿Qué delitos halláis y qué palabras que ofender os pudieran? ¡Insensatos!

ANÁS. Ya lo hemos dicho; es un vil canalla que con mentidas frases hoy pretende ser el rey de Judá, y alborotada tiene ya la ciudad.

PILATOS. (¡Oh!... si eso es cierto...)

- CAIFÁS. Es preciso que muera sin tardanza,
pues dice ser el Hijo de Dios vivo,
que al mundo vino por su santa gracia.
¡Que muera es menester!
- VOCES. ¡Sí, sí; que muera!
- PILATOS. ¡Silencio, digo! guardad más compostura
delante del Pretor, que es quien os habla.
Díme, Jesús: ¿es cierto, por ventura,
que eres el Hijo de Dios?
- JESÚS. ¡Tú lo has dicho!
Desde el cielo mi Padre en su morada,
aguarda de mis penas en la tierra,
y á su derecha sin cesar me aclama.
- ANÁS. ¡Ya lo habéis visto!
- PILATOS. Azotadle (ya veremos
si con esto termina su desgracia.)
(Le despojan de sus vestiduras y le azotan.)

Coro de Judios

En sangre se tiñe
el Hijo de Dios;
azoten su espalda,
que el mal predicó.
Por falso Profeta
y vil impostor,
le azota la espalda
el rudo Sayón.

(Dejan de azotarle. Le desatan y cae.)

SAYÓN 1.º Ya que traidor te encaminas,
siempre en pos de tu grandeza,
puede adornar tu cabeza
una corona de espinas.

(Le colocan la corona. Grandes risas.)

TODOS. ¡Já! ¡Já! ¡Já!
SAYÓN 2.º Sus sienes daña,

á pesar de su poder;
mas un rey debe tener
cetro: ¡toma uno de caña!
Perfectamente.

SAYÓN 1.º

SAYÓN 2.º

¡Aclamad

PILATOS.

al nuevo rey de Judea!
¡Basta! (Que el pueblo le vea,
por si tiene caridad.)

*(A una señal de Pilatos, dos Sayones conducen á Jesús
al balconcillo. Pilatos sube muy pensativo, y presen-
tándole al pueblo, dice:)*

¡Pueblo: con santa clemencia
os presento á un desgraciado;
mirad su rostro marcado
con la fe de la inocencia!
Ecce-homo. La muerte espera
llena de fe y esperanza;
dichoso pueblo si alcanza
vuestra voluntad postrera.
Calmad los fieros enojos
que al martirio le acompaña;
mirad la muerte que empaña
la luz que había en sus ojos.
¿No os inspira compasión
su tormento y su penar?
O no le queréis mirar,
ó no tenéis corazón.

TODOS.

¡Que muera!

PILATOS.

¡Triste suerte!

VOCES.

¡A la Cruz!

PILATOS.

Calma, judíos,
que pueden vuestros desvíos
conduciros á la muerte!
Tened lástima al dolor
que el corazón le traspasa;
poned al delirio tasa,
os lo suplica el Pretor.
¡Pueblo! ¡Pueblo! considera
que en Él no cabe malicia;
para hacer noble justicia
hay que perdonarle!

TODOS.

¡Muera!...

PILATOS.

Siento, y me causa pavor,
veros faltos de clemencia,
mas la ley de la conciencia...

CAIFÁS.

¡Que se juzgue al malhechor!

PILATOS.

Si yo pudiera saber

que con fundadas razones
tocaba los corazones
que le hacen hoy padecer,
os demostraría, en verdad,
que abrigáis una torpeza,
pues no tenéis la certeza
que en Él exista maldad.

CAIFÁS.

Fuera necio proseguir
por el camino emprendido.

PILATOS.

Si el qué aquesta trama ha urdido
su mal no quisiera oír,
puede salir, pues entiendo
que, por conciencia y deber,
todos podrán comprender
que á un inocente defendo.
Y pues quiero demostrar
lo que vuestro afán negó,
voy á relataros...

CAIFÁS.

¡Nó!

PILATOS.

Es que me habéis de escuchar.

(Todos enmudecen.)

Ocultar gran mengua fuera
lo que el pueblo saber debe,
á ver si después se atreve...

ANÁS.

¡El pueblo quiere que muera!

PILATOS.

¡Escucha, implacable Anás!

Escuchad todos, judíos;
no os dejéis llevar, impíos,
por mano de Satanás. *(Pausa.)*

Hace años que una mujer,
tan humilde como hermosa,
á Belén, triste y llorosa,
llegaba al anochecer.
Sin posada, sin abrigo,
su pie imprimiendo en el hielo,
un establo le dió el cielo,
indigno hasta de un mendigo.
Allí, do el hado inclemente
sobre ella escarcha arrojaba,
mientras á Dios adoraba...
dió la vida á un inocente.
Niño que, por ser quien era,

fué por Judea aclamado,
 por Redentor del pecado
 de la humanidad entera.
 Fué tal la notoriedad
 de estos acontecimientos,
 que creciendo por momentos
 el deseo y la ansiedad
 de conocer al Mesías
 que á la tierra fué enviado,
 tres reyes ante Él postrado
 ricos dones le ofrecían. (*Pausa.*)
 Hubo un momento furioso,
 de terrible crueldad,
 en la excelsa majestad
 del Tetrarca, que ambicioso,
 y creyendo destruída
 su corona, en torpe anhelo,
 regaba este santo suelo
 con sangre recién nacida.

(*Lloran las mujeres.*)

Aquellos padres clamaban
 por defender á los séres
 que en brazos de las mujeres
 sin piedad asesinaban.
 La salvación en la huída
 solo logró con su madre,
 aquel que tiene por padre
 el Dios que nos da la vida.

(*Pausa. A las mujeres.*)

¿Es tanta vuestra aflicción,
 que al recordarlo lloráis?

¡Mentís!

CAIFÁS.
 PILATOS.

¡No las contempláis!...

(*Señalando á las mujeres.*)

pues ese es vuestro baldón.
 Después de esto, pensad vos,
 y tú, pueblo de Judea,
 que acaso este hombre sea
 aquel enviado de Dios.

¡Medita por un momento!...

¡Contempla á este desgraciado
 su rostro desfigurado,

á causa del sufrimiento!
¡Oh!... muévate á compasión
su calma y su mansedumbre;
en este día es costumbre
conceder algún perdón.

CAIFÁS.

¡No puedo más escuchar
tanta frase desmentida;
antes perderé la vida
que el perdón llegue alcanzar !
Medita, Poncio Pilatos,
que tengo muchas razones,
y causaría emociones
si en terribles arrebatos
hollaran el Tribunal
las masas que están oyendo
tus falsías...

PILATOS.

(¡Oh, comprendo!...)

CAIFÁS.

Si la autoridad fatal
que tu tenaz ambición
alcanzó en Jerusalén,
y en Roma puso también
tu denigrado pendón,
no cayese ante Tiberio,
será para no perderte;
conque medita tu suerte.

PILATOS.

(¡Oh... qué terrible misterio!)

CAIFÁS.

Todo el que defienda á ese hombre
(Dirigiéndose al pueblo.)

que subir debe al Calvario
por impostor y falsario,
que de rey se daba nombre,
es porque mira en Jesús
un Dios y no un malhechor,
ó porque siente temor
ante las masas.

TODOS.

¡A la Cruz!

CAIFÁS.

Oye, Poncio, la sentencia
que á este gran pueblo le ofreces.

PILATOS.

(¡Maldito será mil veces
si al fin turba mi conciencia!)
¡¡ Ahí os entrego é ese hombre;
saciarse en El, inhumanos;

pero me lavo las manos
y maldigo vuestro nombre!

SENTENCIA

(Al oír la palabra sentencia, y mientras Pilatos se lava las manos, dos Lictores, lujosamente vestidos á la época y con un pergamino en la mano, suben al trono de Pilatos y toman asiento, donde escriben lo que redacta Pilatos. Los Sayones habrán bajado á Jesús del Tribunal y escuchará su sentencia arrodillado en el centro de la escena.)

PILATOS. ¡Con lágrimas de clemencia,
(Conmovid.)

de piedad mi pecho lleno,
hoy sentencio al Nazareno
en contra de mi conciencia.
Si ante el Tribunal de Dios
busco á mi crimen disculpa,
diré que tuvo la culpa...
¡Su delito!

CAIFÁS.
PILATOS.

¡El pueblo... y vos!

(Caifás se horroriza. Todos guardan silencio, y Pilatos redacta lo que sigue.)

«Yo el Pretor Poncio Pilatos,
juez de toda la Judea,
en uso de los derechos
conque represento al César,
hoy, á Jesús Nazareno,
natural de Galilea,
condeno á muerte, enclavado
en la Cruz, y que con ella
recorra todas las calles
que ha de cruzar la carrera,
hasta llegar al Calvario
donde el suplicio le espera;
morirá entre dos ladrones,
que serán Dimas y Gestas.»
«Al extremo superior
de la Cruz, y en grandes letras.
habrá un letrado que diga,
en tres diferentes lenguas:

Es Jesús de Nazaret,
rey de toda la Judea »

(Protestas al escuchar sus últimas palabras.)

¡Salid; todo ha terminado!

¡Viva el pueblo de Judea.

¡¡Viva!!

¡Vamos!

¡Desgraciado!...

¡¡Maldito, maldito sea;
él me condujo al pecado!

ANÁS.
TODOS.
CAIFÁS.
PILATOS.

FIN DEL ACTO QUINTO





ACTO SEXTO

CUADRO XX

La calle de la Amargura

Los grupos invaden las cajas de la izquierda al sentir el rumor de la comitiva, la cual se efectúa del modo siguiente: Ocho soldados de la Centuria á caballo. Banda de música. El Pregonero. Dos Lictores. Dimas y Gestas entre sayones y atados con cuerdas, de las que tiran sayones. Ocho soldados romanos. Dos Lictores, cuatro soldados y el Centurión. Jesús con la cruz acuesta y atado por un cordel á la cintura, del que tiran. Luego hebreos. Todo el resto de la Centuria, y por último, el pueblo. El Pregonero lee en alta voz.

ESCENA PRIMERA

JESÚS, DIMAS, GESTAS, CENTURIÓN, PREGONERO,
HEBREOS, CENTURIA, SOLDADOS y PUEBLO

CORO

Á la muerte camina el impío
que condenan por falso y traidor,
donde horrible suplicio le espera
por decir que es el Hijo de Dios.
Nadie intente abonar al tirano
defendiendo su infame traición,
porque igual escarmiento, al instante,
sufriría su eterno baldón.

PREG.

«Yo el Pretor Poncio Pilatos,
(*Leyendo.*)

gobernador de este pueblo,
usando mis facultades
hoy á Jesús Nazareno
condeno á muerte, llevando
hasta el Calvario el madero
de su Cruz, para morir
en ella, y en el testero
habrá un letrado que diga
en tres idiomas diversos:

«Es Jesús de Nazaret,
rey de Judá.» También condeno
á Dimas y Gestas, hombres
que han sido dos bandoleros,
y han de morir en la Cruz
entre terribles tormentos.»

CENT.

SAYÓN 1.º

¡Siga la marcha!

¡Adelante;

dejad libre la carrera!

CENT.

¡Dejad paso!

(Jesús da algunos pasos, y cae.)

SAYÓN 1.º

¡Alza del suelo,

y marchemos con urgencia!

(Los Sayones levantan á Jesús. Este da algunos pasos y cae.)

JESÚS.

¡No puedo más!... *(Cae.)*

CENT.

¡Otra vez!...

Vamos, pronto, ¿qué se espera?

ESCENA II

DICHOS, y VERÓNICA

VERÓNICA.

¡Dulce Jesús de mi vida,
divino y manso Cordero,
que al Calvario te diriges
entre crueles tormentos.
Yo, movida á compasión
por tus muchos sufrimientos.
quisiera poder llevar

de la Cruz tan fuerte peso,
y las penas que te oprimen
poder consolar al menos.
Mas ya que no puede ser
amenguar dolor tan fiero,
deja al menos que el sudor
enjugue con este lienzo.

(Lo hace, y al separarlo, ve su faz estampada en él, y con el mayor asombro lo enseña al pueblo.)

¡Oh!... ¿Qué es esto, Dios bendito?

¡Contempla, pueblo perverso,

á quién llevas á morir!...

¡este milagro es muy cierto,

pues Jesús es el Mesías,

Hijo de Dios verdadero.

CENT.

¡Retirad á esa mujer

antes de que mi despecho

la castigue al punto!

VERÓNICA.

¡Cruelles!

(A los Sayones que la retiran.)

yo he de guardar este lienzo

para perpetua memoria,

que asombre en el universo! *(Sale.)*

ESCENA III

DICHOS, *menos* VERÓNICA

CENT.

¡Siga el cortejo!

JESÚS.

¡Dios mío!...

ya fortalecer me siento.

¡Hijas de Jerusalén!

(A las mujeres, que lloran al verle pasar.)

contened vuestro lamento;

y si es que lloráis por mí,

no derramáis llanto acerbo!

Llorad, pues, por vuestros padres

y vuestros hijos, que presto

la Divina Providencia,

destrucción y extrago haciendo.

ruinas serán vuestras casas,

- SAYÓN 1.º cuando Jesús suba al cielo!
¡Basta de tanta blasfemia!
(A los Sayones que le levantan.)
¡Seguid adelante!
- CENT. Pienso
que las fuerzas ha perdido,
y en este largo trayecto
acaso muera.
- SAYÓN 2.º Es verdad.
- SAYÓN 1.º Al punto lo arreglaremos.
¿Hay alguno entre vosotros
(Dirigiéndose al pueblo.)
que la compasión teniendo
por Jesús, quiera ayudarle
á llevar la Cruz?
- CENT. Yo, en premio, recompensa le daré.
- CIRINEO. No hace falta; yo no quiero
recompensa; yo le ayudo,
pues me da lástima el reo.
- CENT. Pues coge la Cruz, y en marcha.
¡Adelante ya el cortejo!
*(El cortejo se dispone á partir. María aparece por la
derecha con las Marías y San Juan.)*

ESCENA IV

DICHOS, LA VIRGEN, LAS MARÍAS y SAN JUAN

- MARÍA. ¡¡Hijo de mi corazón!!
*(Jesús, al oír á su Madre, cae desplomado en tierra.
María, al verle, cae desmayada en brazos de Magdalena.)*
- SAYÓN 2.º ¡Todo por esa mujer!
- CENT. ¡Apartadla!
- MAG. ¡No ha de ser!...
- SAYÓN 1.º ¡Infierno y condenación!
*(Se llevan á Jesús, el cual volverá la vista repetidas
veces al grupo donde está su Madre. Después de pasar
la comitiva vuelve en sí María, y exclama.)*

ESCENA ÚLTIMA

LA VIRGEN, LAS MARIAS y SAN JUAN

- MARÍA. ¿Dónde estoy?... ¡Triste de mí!
 ¡Esta soledad me aterra!
 ¡Sola... sola ya en la tierra!
- MAG. ¡Señora, volvéd en sí!
- MARÍA. ¡¡Hijo mío!!
- JUAN. ¡Triste suerte!
- MARÍA. ¿Dónde estás, que no te veo?...
 ¡Vas convertido en un reo...
 yo te acompaño á la muerte!

FIN DEL ACTO SEXTO





ACTO SÉPTIMO

CUADRO XXI.—El Calvario

El Calvario. La ciudad á lo lejos. Al fondo, y sobre la cima del Gólgota, Jesús, Dimas y Gestas en las cruces. Es de noche. La Centuria formando diferentes grupos. Caifás, Anás, Roboán y Malech, en primer término. El Centurión forma grupo en unión de los Soldados. El pueblo á los lados.

ESCENA PRIMERA

JESÚS, DIMAS, GESTAS, CAIFÁS, ANÁS,
DOCTORES, CENTURIÓN, CENTURIA y PUEBLO

- ANÁS. ¡Vamos, ya estarás contento,
falso impostor de Judea,
pues cumpliendo tu deseo
sobre tu trono te elevas!
- ROBOÁN.
CAIFÁS. ¡Por fin la ley te juzgó!
Descargo fué de conciencia
para Pilatos, pues sabe
por demás su falsa ciencia.
- MALECH. ¡Ya Jerusalén respira
libre de tantas ofensas,
que contra Augusto Tiberio
predicaba su insolencia.
- ANÁS. Si, como dices, de Dios
eres el Hijo, protesta
contra el infame suplicio

- en que te ves.
- CAIFÁS. Fuera mengua
el quejarse de su suerte.
- ANÁS. El que es infame, no acierta
á refrenar las injurias
en que su fortuna adversa
le ponen.
- SOLD. 1.º Ahora veremos
cómo te portas.
- JESÚS. ¡Se acerca
el momento, Padre mío,
en que acaba mi existencia!
- SOLD. 2.º Parece que te acobarda
ya el dolor.
- ROBOÁN. ¡Pide clemencia
al cielo, pues de otro modo
no la hallarás en la tierra!

ESCENA II

DICHOS, LA VIRGEN, MAGDALENA y SAN JUAN

(Los Soldados, que durante el anterior diálogo habrán estado jugando á los dados la túnica de Jesús, se levantan del suelo diciendo.)

- SOLD. 2.º ¡La túnica gané! *(Recogiéndola.)*
- MARÍA. *(Saliendo.)* ¡Hijo del alma!!
(Caen los tres al pie de la Cruz.)
- JUAN. ¡Yo me postro á tus pies, Hijo querido!
¡Por Dios, Señora!...
- MARÍA. ¡La pena que me embarga
sucumba aquí á tus plantas, Jesús mío,
y mi existencia termine con tus ansias.
- JESÚS. ¡Madre!... modera un tanto tu amargura,
porque Dios desde el cielo así lo manda;
cuando yo muera, recibe á Juan por hijo;
y tú, Juan, en mi nombre y mi palabra,
recíbela por madre.
- JUAN. Yo aseguro
que la promesa, por Jesús sagrada,

he de cumplir sin dilación. *(Pausa.)*

- JESÚS. ¡Sed tengo!
- MARÍA. ¡Qué escucho, cielos!
- SOLD. 2.º ¡Oísteis, camaradas?
- ¡Dice que tiene sed!
- CAIFÁS. ¡Pues dadle al punto con que calme su sed, y no con agua!
(El Soldado 1.º acerca una caña, á cuyo extremo hay una esponja con hiel y vinagre, y le da de beber.)
- SOLD. 1.º ¡Toma si tienes sed!
(Jesús retira la cabeza: risas.)
- SOLD. 2.º ¡Qué gestos hace!
- SOLD. 1.º ¡Después de que te sirvo sin tardanza hiel y vinagre, no quieres admitirlo, y en pago pones tan maldita cara!
- TODOS. ¡Jál! ¡Jál! ¡Jál! ¡Jál!... *(Grandes risas.)*
- MARÍA. ¡Qué mónstruos infernales; hasta en la muerte, impíos, te maltratan.
- JESÚS. ¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen...
- MAG. ¡Oh, Señor!...
- GESTAS. *(A Jesús.)* ¡Cómo es que aguantas tanto escarnio, siendo de Dios Hijo, y no te salvas Tú, y á más nos salvas?
- DIMAS. Resígnate á morir, pues de tus crímenes, igual que yo sufrimos nuestras faltas, y nunca comparemos nuestra suerte con la de un inocente, que sin causa sufriendo está el martirio inmerecido.
(Dirigiéndose á Jesús.)
¿Me perdonas, Señor?
- JESÚS. Por tus palabras el premio lograrás, Dimas, muy pronto.
- DIMAS. ¡Gracias!... ¡Gracias, Señor!...
- JESÚS. ¡Porque mañana conmigo te hallarás en el Paraíso!
- GESTAS. ¡Promesas... nada más! *(Muere.)*
- ANÁS. ¡Cuánta blasfemia! en vano charlas, pues bajar no puedes, que de tu muerte la hora ya se acerca.
- CAIFÁS. Si tanto te disgusta tu martirio, ¿por qué el Eterno con su omnipotencia

no te separa de la Cruz?

ROBOAN.

¡Sus iras

antes de tiempo á su sepulcro llevan,
y en vano disimula el arrebató
que sus dolores sin cesar le asedian.

(Un ruido sordo y lejano empieza á sentirse, que irá creciendo progresivamente á medida que se desliza el diálogo. La escena va quedando á obscuras por igual orden.)

MAL. ¡Qué es esto!

SOLD. 2.º ¡Dios piadoso!

SOLD. 1.º ¡El cielo se nubla!

ROBOAN. ¡El espantoso trueno nos rodea
y la tierra ha temblado!...

MAL. ¡Dios clemente!

¡Es que muere Jesús!

CAIFÁS.

¡Toda la tierra

se mueve sin cesar, y negras nubes
cubren el cielo cual pesadas piedras!
¿Será verdad?... ¡Oh, sí! ¡Huyamos!
que la fiera tormenta á mí me arredra.

(Trueno formidable.)

JESÚS. ¡Padre! En tus manos mi espíritu encomiendo.

SOL. 1.º ¡Jesús muere!

JESÚS.

¡Eleva mi existencia...

que ya todo, Señor, se ha consumado!

(Muere Jesús. Expectación.)

JUAN.

¡Jesús!

MAG.

¡Dios mío!

MARÍA.

¡Redoblad mis fuerzas!

(Caen los tres al pie de la cruz y permanecen inmóviles. Gran confusión. Algunos huyen despavoridos. Los truenos se suceden sin interrupción.)

SOL. 1.º ¡Longinos, ya que el cielo te ha negado
la vista, véngate de tal infamia,
y pues dice ser Hijo del Eterno,
en el costado dale una lanzada!

LONG.

¡Guía mis pasos, y verás qué presto
en mi arrebató le heriré con ansia!

(El Soldado 1.º conduce de la mano á Longinos á presencia de Jesús, y poniendo la lanza en el costado, dice):

SOL. 1.º ¡Ya le tienes aquí!

LONG.

¡Pues toma, infame!

¡Al fin he castigado mi desgracia!

(Hierre y recobra la vista. Expectación.)

¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Ya la luz diviso,
y los objetos ya mi vista alcanzan!...

(Tira la lanza y se arrodilla.)

¡Dios mío, ten piedad del insensato
que arrepentido su castigo aclama!

¡Jesús es Dios! ¡Perdón; perdón imploro
por mis culpas.

SOL. 1.º

¡Es cierto!

CENT.

¡Ya probada

su bondad se demuestra!

SOL. 2.º

¡Sí!

SAY. 1.º

¡Huyamos,

que la fiera tormenta me acobarda!

(Huyen todos despavoridos, menos la Centuria, que permanecerá con su Jefe, y todos se arrodillan. La Virgen, Magdalena y Juan, continúan en oración. Los truenos se van alejando.)

ESCENA III

CENTURION, MARIA, MAGDALENA, SAN JUAN
CENTURIONES.

CENT.

¡Piedad, Señor; de tu bondad suprema
pruebas me das al fin en tu agonía;
morir por tu bondad será mi lema,
y esta existencia que el dolor me quema,
oculte en una fosa el nuevo día!

(La Centuria permanece á un lado.)

ESCENA ÚLTIMA

MARIA, MAGDALENA y JUAN

MELODÍA

MARÍA.

¡Mándame un rayo de luz,
Dios mío, desde la altura;

JUAN.

llena de fe y amargura
lo pido al pie de la cruz!
Mira la Virgen María
postrada al pie del madero
en que ha espirado el Cordero
con tan terrible agonía!
Y pues logras remontar
tu existencia á la alta cumbre,
¡saca llama nos alumbre
para poderte velar!

(Todos permanecen de rodillas. La luz Drumont ilumina el cuadro.—Telón pausado.)

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



ACTO OCTAVO

CUADRO XXII.—El Descendimiento

Selva corta.

ESCENA PRIMERA

NICUDEMUS y ARITMATEA

ARITMATEA. ¿Qué pensáis, señor, hacer
en tan crítica ocasión?

NICUDEMUS. Lo que manda el corazón
es preciso obedecer.
¡Fuera ingratitud sin nombre,
al ver tanta iniquidad,
no ejercer la caridad,
si ella es la vida del hombre.
¡Oh... qué más dulce consuelo
para el que en la tierra gime,
si le consuela y redime
una sonrisa del cielo!

ARITMATEA. Acaso...

NICUDEMUS. ¡Ved la amargura
de una madre infortunada
al pie de la cruz postrada
y á Jesús sin sepultura!
¡Ved el tormento prolijo,
aunque el corazón taladre,
que sufre una pobre madre
viendo morir á su hijo!
¡Ah... no; marchar es preciso:

ante Pilatos iré
y humilde le rogaré
que me conceda permiso
para sepultar al muerto,
siendo por mí custodiado,
en un lugar apartado
de mi silencioso huerto.

ARITMATEA. Vuestra sublime clemencia
premio obtendrá de valor.

NICUDEMUS. ¿Qué recompensa es mejor
que la paz de la conciencia?
Allá, del mundo perverso
ignorado, tendrá asilo
donde reposar tranquilo
el mártir del universo.
Velándole noche y día
y entre aromas de mil flores,
lejos de vanos temores
guardaré su tumba fría.

ARITMATEA. Decís bien; contad conmigo;
pues opino igual que vos.

NICUDEMUS. Veremos si entre los dos
permiso á mi afán consigo,
A Poncio vamos á ver.

ARITMATEA. Marchemos á la ciudad.
Tengo la seguridad
de que nos ha de atender.

(*Vánse por la izquierda.*)

CUADRO XXIII

Salón en casa de Pilatos.

ESCENA II

PILATOS, *muy abatido.*

¿Por qué lucha tenaz que me devora
siento nacer del corazón sombrío?
¿Por qué miro vagar en torno mío

negra visión de un alma pecadora?
 ¡Es acaso el delito, que me implora
 la penitencia que causó el impío?
 ¡Oh, qué inquietud! desventurada suerte,
 sólo puede acabarse con la muerte.

(Pausa corta.)

¡La ley le sentenció, no fué mi mano;
 el pueblo con furor lo repetía,
 y á impulsos del Tetrarca, del tirano,
 el furor en las masas *se cundía!*
 ¡Por qué Tiberio César me hizo un día
 ser Pretor de Judea? fuera en vano
 si á un inocente convirtiera en reo,
 y hoy ya maldito y sin honor me veo.

ESCENA III

DICHO y el ESCUDERO

Esc. ¡Señor! hasta aquí han llegado
 dos ancianos fariseos,
 que para hablaros permiso
 piden.

PILATOS. ¡Que entren al momento!

ESCENA IV

DICHO, NICUDEMUS y ARITMATEA

NICUDEMUS. Si dáis licencia, señor,
 para exponer nuestro objeto,
 decir la verdad prometo.

PILATOS. Puedes hablar sin temor.

NICUDEMUS. Por la pena devorado,
 buscando santa clemencia,
 hoy llego á vuestra presencia,
 en vos, Poncio, confiado.

PILATOS. Bien.

NICUDEMUS. Del Calvario en la cumbre,
 víctima de error profundo,

murió el Redentor del mundo
 lleno de fe y mansedumbre.
 Y envuelta en negro capuz
 llora el alma conmovida,
 viendo á su Madre affigida
 llorando al pie de su Cruz.
 Ahora bien; sólo deseo,
 pues vuestra bondad es tanta,
 que con piedad sacrosanta,
 pues en vuestra fe yo creo,
 al ver tan honda amargura,
 permiso déis, por mi suerte,
 para que su cuerpo inerte
 descanse en la sepultura.
 Esto esperamos de vos,
 pues decir puedo de cierto
 que aquel que en la Cruz ha muerto
 es Jesús, Hijo de Dios.

PILATOS.

¡Oh, callad!

NICUDEMUS.

¡Nada os asombre;
 cumpliósese la profecía,
 y al morir en este día
 libró del pecado al hombre!

ARITMATRA.

¡Llenos de santa humildad
 le suplicamos permiso...

PILATOS.

Bien está; mas es preciso
 saber antes la verdad
 por boca del Centurión;
 ved de hallarle la manera.

NICUDEMUS.

Vuestras órdenes espera.

PILATOS.

¡Que pase sin dilación!

ESCENA V

DIHOS y CENTURIÓN

CENT.

A vuestros pies, Pretor Poncio Pilatos,
 lleno de horror y de amargura llego.

PILATOS.

¿Qué nuevas traes?

CENT.

¡La muerte de ese mártir
 que acaba de espirar en el madero,

asombro puede ser de las edades
y triste fin de todo el universo.

PILATOS. ¡Luego murió!...

CENT. Sin pronunciar sus labios
ni una frase de pena y desconsuelo.
Murió con la aureola del martirio;
grande, sublime, por demás sereno.
Murió pidiendo á Dios por los verdugos,
que hasta en la muerte tanto le ofendieron.

Al espirar, señor, tembló la tierra;
las tumbas oscilaron con sus muertos,
y el orbe, acompañando su agonía,
cielo y tierra llenó con un lamento.
Creed en la verdad de mis palabras.

PILATOS. Basta ya, Centurión; todo lo creo;
su tumba guardarás desde este instante,
y que nadie á saber llegue el suceso,
avisándome al punto si algo ocurre
ó si viesen tus ojos algo nuevo.
Marchad á sepultar al inocente,
que el premio lograréis.

NICUD. ¡Guárdeos el cielo!

ESCENA VI

PILATOS *solo.*

¡Por qué me espanta el delito,
si el Tetrarca con urgencia
su muerte ha pedido en grito?
Limpia tengo mi conciencia:
¡maldito Herodes, maldito!

CUADRO XXIV.—El Calvario

MELODIA

Jesús enclavado. No están Dimas ni Gestas.

ESCENA VII

MARIA, MAGDALENA y JUAN

JUAN.

¡Oh, dulce Dios de Israel
que espiraste en un madero,
con afán y amor sincero
contemplo tu imagen fiel.
Quiso el destino cruel
que al espirar en la Cruz,
bajase un rayo de luz
que hasta tus pies me guiara,
y aquí tu muerte llorara
envuelto en negro capuz!
¡Señor, aquí tus ovejas
quedaron sin el pastor,
y á los pies de su Señor
muestran rendidas sus quejas.
Ya que en la tierra las dejas
sin paz, sin norte y sin guía,
suba la plegaria mía
hasta la Cruz, que enclavado,
por Pilatos sentenciado,
sufres la soberbia impía.
Suba mi plegaria santa
á los cielos donde moras,
y se deslicen las horas
de tu pasión sacrosanta.
Al extremo de tu planta
tienes llorando á María,
que en angustiosa agonía,
las lágrimas de sus ojos
serán los tristes despojos
que su corazón te envía!

MARÍA. ¡Hijo mío, que espiraste
entre terribles tormentos,
contempla en estos momentos
qué angustiada me dejaste!
Si en un momento olvidaste
que en el mundo me dejabas
y que á la diestra volabas
de tu Padre, yo, entretanto,
regaba con triste llanto
la Cruz en donde espirabas!

MÁG. ¡Ya no puedo más, Señora;
me conduce vuestro ruego,
y en mis angustias me anego
de haber sido pecadora.
Yo os juro que desde ahora,
muerto Jesús, ¡ay de mí!
en mi ardiente frenesí
la gloria he de conquistar,
porque de tanto llorar
he de olvidar lo que fuí!

ESCENA VIII

DICHOS: NICUDEMUS y ARITMATEA

NICUD. Movidos por compasión
los dos aquí hemos llegado,
pues á ello nos ha guiado
vuestra angustiada aficción.
Permitid que al Redentor
desclavemos del madero,
y con fe y amor sincero
se le entierre.

MARÍA. ¡Es mi dolor
tan grande, que yo tal vez...

JUAN. Es preciso.

MARÍA. Pues bien, sea.

¡¡Hijo mío!!

NICUD. Aritmatea,
las escaleras traed. (*Melodia.*)

(La Virgen se sienta al pie de la Cruz, esperando depositen en su regazo á Jesús. Entre Nicodemus, Arimalea, las Marías y San Juan, se procede al Descendimiento, durante el cual se escuchará una melodía dulcísima. Le quitarán la corona y se la entregan á María, que dice.)

MARÍA.

Sagrada corona
de agudas espinas,
que en honda amargura
heriste al Señor.
Descansen sus sienes
de tanto martirio,
y cese por siempre
su pena y dolor.

(Al desclavar las manos.)

Ya apartan los clavos
sus hondas heridas,
ya el brazo descansa
del Dios de Israel.
Boguemos en torno
de tanto martirio,
y en tanto, sumisos,
lloremos por El.

(Al desclavar los pies.)

Sus pies sacrosantos,
de heridas cubiertos,
la sangre derraman
del Hijo de Dios.
Boguemos en torno
de tanta amargura,
y cese por siempre
su pena y dolor.

(Le colocan en el regazo de María, mientras preparan las escaleras.)

¡Si para siempre del mundo
hoy te despide mi pena,
tanta es mi angustia, que llena
mi pecho de afán profundo,
y dudo, tu rostro al ver,
si eres mi Jesús amado,

porque tu faz ha cambiado
en desfigurado ser!

MAG.
MARÍA. Basta, Señora, acabad.
¡Hijo, se acerca el momento...
mi postrer beso... me siento
desfallecer!... *(Besándole.)*

ARITMATEA. Ayudad.

*(Colocan á Jesús en las escaleras, y se le llevan por la
izquierdo, segundo término.)*

CUADRO XXV

Selva corta donde aparece de nuevo el cortejo, y al llegar al centro descansan. Durante este cambio, ó sea desde que colocan á Jesús en la escalera hasta que descansan, se oye el siguiente

CORO

Cese tu llanto,
Virgen María,
que al tercer día
tú le verás.
Pues á la diestra
del Padre Eterno,
lleno de gloria,
Él subirá.

ESCENA IX

DICHOS, NICUDEMUS y ARITMATEA

NICUDEMUS. Podéis aquí descansar
para recobrar alientos.
MARÍA. ¡Hijo de mi corazón!
ARITMATEA. Señora, tened sosiego;
la corona del martirio
lleva grabada en su seno,
que Dios, con su omnipotencia,
no desampara á los buenos.

Y si es preciso, Señora,
para dolor tan acerbo,
que derramemos la sangre
que palpita en nuestro seno,
yo la derramo gustoso
si paciencia halláis en ello.
MARÍA. ¿Cómo queréis que la calma
vuelva otra vez á mi pecho,
si el corazón destrozado
por un dolor tan supremo,
alienta sin esperanzas
y mi fin cercano veo?
¡Triste de mí!

NICUDEMUS. Solamente
el gran Pretor ha dispuesto
que la Centuria se encargue
de custodiarle, y espero
que nadie osará á entrar
á ese silencioso huerto.

ARITMATEA. Vamos.

SALOMÉ. Sí; ya poco resta
para llegar...

MARÍA. ¡Dios eterno!

NICUDEMUS. ¡Ayudad, Aritmatea,
y que nos aliente el cielo!
(Sigue el cortejo por la derecha.)

CUADRO XXVI.—El Santo Sepulcro

Caverna obscura, y en el centro un Sepulcro tosco de piedra. Mientras colocan á Jesús en el Sepulcro, se escucha el anterior coro, quedando todos después de rodillas formando cuadro en derredor del Sepulcro.

MARÍA. ¡Sepulcro Santo, que en tu seno encierras
grato recuerdo que aniquila el alma,
he de regar con lágrimas tu losa
y has de ser de las penas que me embargan
fiel consejero: ¡Adiós, hijo inocente;

con llanto he de regar tu hermosa frente!

(Cae sobre el Sepulcro sollozando.)

JUAN. ¡Dios de Israel! modera su amargura
y cese de sufrir tal desventura!

ESCENA XI

DICHOS, CENTURIÓN y CUATRO SOLDADOS

CENT. De orden de Poncio el Pretor,
tres días velaré al muerto.

NICUDEMUS. ¡Dios recompense su acierto;
cálmese vuestro dolor. *(A María.)*
Nadie niega su fervor
al ver vuestro desconsuelo;
velémosle con anhelo,
pues aunque su muerte aterra,
quien fué mártir en la tierra
tiene su puesto en el cielo.
(Telón pausado.)

FIN DEL ACTO OCTAVO





ACTO NOVENO

CUADRO XXVII

La Resurrección de Jesús

Santo Sepulcro, el mismo del cuadro anterior. El Centurión, sentado y con muestras de profundo abatimiento. Los Soldados de la centuria, á los lados del Sepulcro, velando el cuerpo del Señor, apoyados en las lanzas.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CENTURIÓN y SOLDADOS 1.º y 2.º

SOLD. 1.º Buena noche hemos pasado ;
¿qué decís vos, camarada? (Al 2.º)

SOLD. 2.º Que es imposible que el muerto
resucite.

SOLD. 1.º Son patrañas
del vulgo. ¿Cómo es posible
que teniendo una lanzada
tan terrible en el costado,
burle nuestra vigilancia
y se remonte á los cielos?

SOLD. 2.º Dices muy bien; por su causa
hoy aquí nos encontramos;
por cierto que no me agrada
velar á un muerto.

SOLD. 1.º Ni á mí;

SOLD. 2.º más chito, quien manda, manda.
Desde que ese Nazareno
entró en la ciudad sagrada,
he notado que Pilatos
favorecía su causa.

¿Visteis cuando en el Pretorio
gritaba la gente en masa
condenándole á Jesús,
con qué impaciencia esperaba
su perdón?

SOLD. 1.º También espera,
y nuevamente se engaña
que resucite Jesús,
pues tiene gran confianza
en El.

SOLD. 2.º Dejad á los necios
que digan lo que les plazca.

CENT. Mal pensáis, amigos míos,
de la promesa sagrada
con que Jesús al morir,
dijo con tiernas palabras.
Yo tengo esperanza en ello,
y creo con toda el alma
el que Jesús resucite,
pues pruebas tengo harto claras
de que Jesús vino al mundo
á pedir por nuestras faltas.

(Un trueno lejano empieza á sentirse, que va en aumento á medida que se desliza el diálogo. Está amaneciendo.)

Mas, ¿qué es esto?

SOLD. 2.º ¿No has notado?

SOLD. 1.º ¡Parece que se prepara
alguna nueva tormenta!

SOLD. 2.º ¡De negras nubes se empaña
el horizonte, y parece
que la tempestad avanza!...

(Trueno formidable.)

¡Qué rumor!

CENT. ¡Dios soberano!

SOLD. 2.º ¡Misericordia!

SOLD. 1.º ¿Qué pasa?

(Caen al suelo como heridos por un rayo.—Salta en pedazos la losa del Sepulcro y sale Jesús, entre nubes de gloria, con manto blanco y estandarte blanco.)

Coro interior de Ángeles, cantado con rapidez.

¡Hossanna, hossanna!
 Querubes, cantad
 gloria en las alturas,
 ¡oh, Dios celestial!
 Jesús á la tierra
 ya la abandonó,
 y entre querubines
 al cielo subió.

(Se levantan los Soldados lentamente.)

SOLD. 2.° ¡Jesús ha resucitado!
 SOLD. 1.° ¡Este milagro es muy cierto!
 CENT. ¡Dios poderoso! ¡Mi fe
 me anunciaba este misterio!
 ¡Cumplióse tu profecía!...
 ¡Tiemble todo el universo,
 pues causó tu desventura
 causándote un fin sangriento!
 Soldados, ¿qué duda queda,
 si vuestros ojos lo vieron?

SOLD. 1.° ¡Corramos!
 SOLD. 2.° ¡Es el Mesías!
 CENT. ¡Hijo de Dios verdadero!
(Huyen todos despavoridos.)

ESCENA II

NICUDEMUS y las MARÍAS

NICUDEMUS. Por aquí... *(Saliendo.)*

MAGD. ¡Qué ha sucedido
 que el sepulcro está desierto!

SALOMÉ. ¡Le han robado!

MAGD. ¡Jesús del alma!

- ANGEL. ¿A quién buscáis? (*Apareciendo.*)
 MAGD. ¡Desfallezco!...
 NICUDEMUS. Buscamos al Redentor.
 ANGEL. Llegáis tarde. Ya en el cielo,
 á la diestra de su Padre,
 mora desde este momento.
 (*El Angel desaparece.*)
 SALOMÉ. ¡Ya resucitó!
 NICUDEMUS. ¡Corramos
 á divulgar por el pueblo
 este milagro.
 MAGD. ¡Cumplióse
 tu voluntad, Dios eterno! .
 JACOBÉ. Vamos.
 NICUDEMUS. ¡Animo, Magdalena,
 y que nos proteja el cielo. (*Salen todos.*)

CUADRO XXVIII.—Casa de Pilatos

Salón de Pilatos.

ESCENA III

PILATOS; á poco CENTURIÓN

- PILATOS. ¿Por qué con loco tesón
 se acrecienta mi tormento,
 y entre horrible maldición
 hoy siento en mi corazón
 la voz del remordimiento?
 ¿Por qué me sigue tenaz,
 sin descansar un instante,
 esta funesta ansiedad
 hasta saber la verdad
 que resucite triunfante?
 (*Sale el Centurión.*)
 CENT. ¡Señor... señor, ved mi anhelo!...
 PILATOS. A mí llegas conmovido...
 dime, Centurión, ¿qué ha sido

de Jesús?

CENT. ¡Ya está en el cielo!

PILATOS. ¡Vivo!...

CENT. Mi fe lo asegura,
os lo digo con firmeza;
tengo, señor, la certeza
que se remontó á la altura.

PILATOS. ¡Calla, calla, triste suerte!
CENT. Junto á su tumba he velado,
y nadie se hubo acercado
desde su gloriosa muerte.
Radiante subió á los cielos
mientras la tierra temblaba
y triste fin anunciaba
burlando nuestros desvelos.

PILATOS. ¡Cesa, cesa!

CENT. ¡El pueblo infiel
puede darse por vencido;
quien al cielo se ha subido
es Jesús, Dios de Israel!

PILATOS. ¡Negro destino; yo fui
quien su sentencia dictó;
¿por qué el pueblo me venció
y cobarde obedecí?

CENT. ¡Partamos, señor; es fuerza
que sepa el mundo!...

PILATOS. ¡Dios mío,

tened piedad del impío,
para que su plan no ejerza.

¡A Tiberio iré á entregar
el gobierno de Judea;
maldito mil veces sea,

si él me condujo á pecar!

¡Tetrarca, Pontífice, Anás!

de vuestra vida reniego,
pues me colocásteis ciego

en el abismo; de hoy más

veréis en mí al enemigo

que os acosa frente á frente;

veremos si en la pendiente

vuestra fosa al fin consigo!

(Sale precipitado; el Centurión le sigue.)

CUADRO XXIX.—Casa de María

Casa pobre.

ESCENA IV

LA VIRGEN, *aparece orando.*

¿Cómo volver á la vida
al Hijo de mis entrañas?...
Con tu recuerdo acompañas
á esta Madre dolorida.
Por siempre miro perdida
tu imagen, Hijo querido;
mi corazón dolorido
busca con ansia la muerte,
pues vivir sin poseerte...
es mejor no haber nacido.
Nada podrá ya vencer
este funesto martirio;
mira mi horrendo delirio
y no me hagas padecer.
Ya que tu vida al perder
me causa tristes desvelos,
cubre mi amor con tus velos,
y, aunque el dolor te taladre,
prepara un lado á tu Madre
en el reino de los cielos.

ESCENA V

DICHA *y las tres* MARÍAS

MAG.
MARÍA.
SALOMÉ.
MARÍA.

María...
¡Amigas del alma!
¿Cómo os encuentro tan triste?
¡Mi corazón no resiste
ya el dolor, pierdo la calma!

- JACOBÉ. Volved en vos, y escuchad
grata nueva, aunque os asombre;
redimido queda el hombre
al cruzar la inmensidad:
¡Jesús ya resucitó!
¿Qué dices?
- MARÍA.
MAG. Entre querubes
desapareció en las nubes;
creedlo, lo he visto yo.
Yo también...
- JACOBÉ.
SALOMÉ. Y yo...
- MARÍA. ¡Cielos!
MAG. ¡Calmad el llanto, María;
cumplióse la profecía!
- JACOBÉ. ¡Cesen ya vuestros desvelos!
MARÍA. ¡Gracias, Dios mío!
- MAG. Volad
al templo, y todas recemos.
Vamos, sí.
- SALOMÉ.
- JACOBÉ. ¡Todas marchemos
á venerarle!...
- MARÍA. Esperad.

CUADRO XXX.—La Gloria

La escena representa la Gloria. Jesús aparece sobre un trono de nubes y con los atributos de la Fe, Esperanza y Caridad. Todos los Apóstoles en derredor de Jesús con las palmas en la mano. Una luz rojiza ilumina la escena. Pedro y Juan, de rodillas, delante de Jesús. La Virgen y las Tres Marías, en primer término.

ESCENA ÚLTIMA

JESÚS, LA VIRGEN, LAS MARÍAS y APÓSTOLES

- JESÚS. Cese ya el llanto por mí,
Madre del alma querida;
la muerte tuve ofrecida

y mi alta misión cumplí.
Ya que el mundo perdonado
de hoy para siempre verás,
Madre mía, me tendrás
eternamente á tu lado.
Cese, pues, el triste duelo
que al bien de todos acudo:
Jesús será vuestro escudo
en la tierra y en el cielo.

(Jesús bendice á todos. El coro entona el Hossanna. Los Apóstoles agitan las palmas.—Telón pausado.)

FIN DEL ACTO NOVENO

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

PERSONAJES**ACTORES**

JESÚS.....	SR.	JÁUREGUI.
CAIFÁS.....	»	CAPILLA.
MARIA MAGDALENA.....	SRA.	SEGURA.
SAN PABLO.....	SR.	GÓMEZ.
SAN PEDRO.....	»	ALARCÓN.
CENTURION.....	»	MUÑOZ.
ANAS.....	»	RODRÍGUEZ.
SANTO TOMAS.....	»	ALONSO.
BENJAMIN.....	»	GARZA.
ISMAEL.....	»	GÓMEZ (R.)
NATHAN.....	»	PASTRANA.
MARIA SALOMÉ.....	SRTA.	VEYÁN.
MARIA JACOBE.....	»	DELAGÉ.
ROBOAN.....	SR.	CASAS.
MALECH.....	»	SUÁREZ.
ESCUADERO.....	»	GARCÍA.

Ciudadanos 1.º y 2.º, Apóstoles y Pueblo.



ACTO ÚNICO

~~~~~

## CUADRO I

———

Calle corta.

### ESCENA PRIMERA

ISMAEL y NATHÁN

- ISMAEL. Descansa un poco, Nathán,  
que aún Enmaús está lejos.  
y nuestras débiles fuerzas  
ya reclaman el sosiego.
- NATHÁN. Es verdad; ancianos somos, (*Sentándose.*)  
y fuera inútil empeño  
querer probar nuestras fuerzas. (*Pausa.*)
- ISMAEL. ¿Y qué hay de ese Galileo  
que murió en Jerusalén  
por ser traidor á Tiberio?
- NATHÁN. Se cuentan cosas extrañas,  
y tales son los sucesos  
que se dicen de ese hombre,  
que cualquiera, al no ser necio,  
pudiera al punto dudarlo.
- ISMAEL. ¿Qué dicen?
- NATHÁN. Escucha atento.  
Por llamarse Hijo de Dios

formó el Tribunal consejo,  
condenándole á morir  
de la Cruz en el madero.  
Él prometió al espirar  
subir triunfante á los cielos  
al cumplirse los tres días,  
y por fin llegó el tercero,  
habiendo, según se cuenta,  
cumplido su juramento.

ISMAEL.  
NATHÁN.  
ISMAEL.  
NATHÁN.

¿Luego es que resucitó?  
Así dicen.

No lo creo.

Yo tampoco, y hasta tanto  
que á Jerusalén lleguemos  
y veamos su sepulcro...

ISMAEL.  
NATHÁN.

Eso no basta.

Silencio,

que alguien se acerca.

*(Mirando á la izquierda.)*

ISMAEL.

Parece

que son mujeres del pueblo;  
ellas nos darán noticias  
de cuanto sepan.

NATHÁN.

Es cierto.

## ESCENA II

DICHOS, MAGDALENA y MARIAS

ISMAEL.

¿Por qué lloráis afligidas?

MAGD.

¿Qué causa vuestro pesar?

No es la pena que brotar  
nos haga el llanto abatidas:  
es el llanto del placer,  
el gozo que experimenta  
cuando el alma está contenta  
y cumple con su deber.

De Jesús el Nazareno,  
vivo ejemplo de humildad,  
hoy puede la humanidad  
buscar apoyo en su seno.

Pues dejándonos grabado  
su martirio en la memoria,  
en el templo de la gloria  
puso su trono elevado.

ISMAEL.  
SALOMÉ.

¿Le visteis vos?  
¡Quién pudiera  
dudarlo! todos le vieron,  
y ante sus plantas cayeron  
postrados de hinojos.

NATHAN.

Fuera  
para mí mucho mejor  
haber visto lo ocurrido;  
sólo así hubiese creído  
que es Jesús, nuestro Señor.

MAGD.

Pues no dudéis un momento.  
A su tumba hemos llegado  
y un Angel nos ha anunciado  
que estaba en el Firmamento.  
(¡Será verdad!)

ISMAEL.  
MAGD.

No hay poder  
que os haga ver lo contrario.

NATHÁN.

Bien está. (Es necesario  
que consigamos saber  
la verdad de este portentoso.)

ISMAEL.

(Pronto lo sabremos, sí.)  
Mas vamos pronto de aquí.

NATHÁN.

Esperad aún un momento.  
(*Al ver á Tomás que se acerca.*)

### ESCENA III

#### DICHOS y TOMÁS

TOMÁS.

¡Dios te guarde, Magdalena!

MAGD.

El guarde al siervo Tomás.

TOMÁS.

Marcada está por demás  
en tu semblante la pena.  
La causa de tal tristeza...

MAGD.

¿No adivinas el motivo?

TOMÁS.

No tal.

MAGD.

¡Jesús está vivo!

- TOMÁS. No adivino tu torpeza.  
 MAGD. ¿Jesús, dices, no murió?  
 Murió, pero á los tres días,  
 cumpliendo sus profecías,  
 glorioso resucitó.
- SALOMÉ. ¡Yo lo he visto!  
 JACOBÉ. ¡Y yo!  
 TOMÁS. Más calma;  
 pronto se puede saber;  
 cosas que no puedo ver  
 las dudo con toda el alma.
- JACOBÉ. ¿No eras de los suyos?  
 TOMÁS. Sí.  
 Jesús mi Maestro ha sido,  
 á quien Tomás ha querido  
 con el mayor frenesí.  
 Pero dicen tales cosas  
 de Él, que jamás hacer pudo,  
 y ya, por costumbre, dudo  
 si son ciertas ó injuriosas.  
 Y hasta tanto que yo vea  
 las cosas con claridad,  
 ni en nada hallaré verdad,  
 ni es fácil que en nada crea.  
 Pues te podrás convencer,  
 quizá pronto.
- MAGD. Pasos siento.  
 ISMAEL. Hasta que llegue el momento  
 TOMÁS. no cambio de parecer.

## ESCENA IV

DICHOS y JESÚS, *de hortelano.*

- JESÚS. Ya he cumplido la misión  
 á que estaba destinado,  
 y con mi sangre he regado  
 el árbol de Redención.  
 De Adán, el pecado horrendo,  
 borré la mancha maldita;  
 ya el mundo no necesita

estar por él padeciendo.  
 Todo quedó consternado;  
 mas con mi resurrección,  
 hoy miro la creación  
 renacer á nuevo estado. *(Se adelanta.)*  
 ¡Que Dios os guarde!

MAGD. (¡Ay de mí;  
 esa voz!...)

ISMAEL. ¿Creéis de cierto  
 que Jesús aún sigue muerto?

TOMÁS. Yo lo considero así.

NATHÁN. *(Tiene trazas de hortelano;  
 es fácil que sepa...)* *(A Magdalena.)*

ISMAEL. Todos  
 nos preguntamos los modos  
 del suceso.

JESÚS. ¡Vivo y sano  
 ante vosotros está!

MAGD. ¡Oh, Jesús!... *(Caen todos de rodillas.)*

JESÚS. ¡Alzad del suelo  
 y á mí llegad con anhelo!

TOMÁS. *(No estoy cierto... ¿si será?...)*  
 Señor, permitid al menos  
 que toque vuestras heridas  
 por convencerme.

JESÚS. Creídas  
 son las frases de los buenos.  
 Ven, Tomás; acércate:  
 mira en mi pecho sus huellas,  
*(Mostrando las heridas, que Tomás toca.)*  
 y en mis manos, y ante ellas  
 sumiso, convéncete.

TOMÁS. ¡Oh, Señor; perdón!... *(Se arrodilla.)*

JESÚS. Levanta;  
 porque me has visto, Tomás,  
 me has creído.

TOMÁS. ¡De hoy más  
 me tendréis á vuestra planta.

JESÚS. ¡Dichoso aquel que, sin verme,  
 en mis palabras fió;  
 dichoso el que no llegó  
 ni en pensamiento á ofenderme!

La gloria está reservada  
sólo al justo, al inocente,  
pero aquel que se arrepiente  
tiene segura su entrada.  
Doy fe de vuestras bondades;  
no me debéis olvidar,  
pues pronto debo marchar  
al lago de Tibesiades,  
donde me aguardan.

TOMÁS.

¡Señor;  
fuera una gran alegría  
ir en vuestra compañía!

JESÚS.

Venid, pues.

TOMÁS.

¡Qué gran honor!

JESÚS.

Marcha al punto, Magdalena,  
á Bethania, y con anhelo  
presta á mi Madre consuelo  
en tan angustiosa pena.

MAGD.

¡Oh... marcharé sin demora  
á consolar su aflicción!

JESÚS.

Recibid mi bendición  
y partamos, que ya es hora.

*(Jesús bendice á todos, y váñse por la derecha.)*

## CUADRO II

---

Gran plaza en Jerusalén. Calles á los lados; á la izquierda un templo con escalinatas practicables. Al alzarse la mutación, grupos de ciudadanos, mujeres y niños se agrupan á la salida del templo esperando la salida de los Apóstoles.

## ESCENA V

CIUDADANOS 1.º y 2.º y PUEBLO

CIUD. 1.º

Cuánto tardan en salir.

CIUD. 2.º

No gritar.

CIUD. 1.º

Echáos á un lado  
para que escuchemos todos

los Evangelios.

- CIUD. 2.º Llegáos.  
 CIUD. 1.º ¿Quiénes son los que predicán?  
 CIUD. 2.º Dos Apóstoles, llamados  
 Pedro y Pablo.  
 CIUD. 1.º Les conozco:  
 á Jesús acompañando  
 siempre les ví, y me parecen  
 muy bondadosos.  
 CIUD. 2.º Calláos,  
 porque ya salen del templo.  
 PEDRO. ¡Que Dios os preste su amparo!  
*(Saliendo del templo con Pablo.)*

## ESCENA VI

DICHOS, PEDRO y PABLO

*(Este dirige su palabra al pueblo desde las gradas del templo.)*

- PABLO. Nuevo redil, cuyo rebaño busca  
 la oveja que quedóse extraviada;  
 así llegáis en pós del Evangelio,  
 fuente de bendición y ciencia santa  
 los mandamientos son de Jesucristo,  
 que ordenó predicar con fe cristiana;  
 mas antes que os unáis á orar conmigo,  
 Dios os bendiga, como yo os bendigo.  
*(Les bendice. Pausa.)*  
 Los mandamientos de la ley ordenan  
 santificar las fiestas necesarias,  
 obedecer al padre y á la madre  
 respetando al instante sus palabras.  
 Ahuyentáos de los falsos testimonios,  
 partid el pan con el que le haga falta,  
 y siendo de los pobres el consuelo,  
 podéis llegar tranquilos hasta el cielo.  
*(Pausa.)*  
 Al declinar la tarde, en el desierto  
 nos podéis encontrar, donde explicadas  
 os podemos dejar las profecias;

porque ya en este instante nos aguardan.  
 El cielo os guarde á todos; pero antes  
 de que nos separemos, con fe santa  
 os quiero bendecir: doblad la frente,  
 que así cumplo el mandato Omnipotente.  
*(Los bendice, y se retiran.)*

## ESCENA VI

PEDRO y PABLO

PABLO. Por fin solos nos hallamos  
 y hay que partir ahora mismo,  
 porque en la aldea cercana  
 aguardan hombres y niños,  
 ya sedientos de escuchar  
 los Evangelios.

PEDRO. Contigo  
 siempre se encontrará Pedro:  
 á donde vayas te sigo,  
 que no me espanta la suerte  
 que nos conceda el destino;  
 y pues que Jesús lo manda,  
 á todo estoy decidido.  
 Marchemos pronto á esa aldea  
 para predicar.

PABLO. Unidos  
 siempre Jesús nos verá  
 obedecerle sumisos,  
 y pues hemos de partir,  
 emprendamos el camino. *(Vánse.)*

## CUADRO III

Salón del Pontífice.

### ESCENA VII

#### CAIFÁS y DOCTORES

CAIFÁS.

Os participo, Doctores,  
que la semilla del mal  
por doquier cunde fatal  
aumentando mis rencores.  
La gente que el Nazareno  
mandaba, invade esta tierra  
dispuesta siempre á la guerra,  
y es conveniente que en pleno  
Consejo veamos los modos  
de que sean sentenciados  
á morir crucificados,  
si esta es la opinión de todos.  
Por doquier van pregonando  
su ley profana y maldita,  
y con palabra inaudita  
al pueblo van conquistando.  
Que sufran es menester  
la muerte, cual su Maestro;  
aquel cayó en poder nuestro,  
y éstos pronto han de caer.  
Mas es preciso, ante todo,  
forme cada cual su plan,  
y la sentencia obtendrán  
si opinan del mismo modo.

ROBOAN.

Si es tan falsa su doctrina,  
conviene, pues, la sentencia.

ANÁS.

Eso dicta mi conciencia,  
si en pos del mal se encamina.

CAIFÁS.

Lo mismo opino.

MALECH.

Yo igual.

- BENJAMÍN. Yo solicito el permiso  
para hablar, pues es preciso  
combatir pronto este mal.
- CAIFÁS. Decid.
- BENJAMÍN. Siento que el Consejo  
pueda tomar como ofensa  
las palabras que en defensa  
de esos séres aconsejo;  
pues no encontrando ocasión  
que les encamine al mal,  
sólo pido al Tribunal  
tenga de ellos compasión.
- CAIFÁS. Vuestro interés no comprendo,  
dando lugar á la duda.
- ANÁS. ¿Por qué prestar vuestra ayuda  
á esos falsarios?
- ROBOAN. ¡Oh... entiendo  
vuestra intención!
- MALECH. Bien infame.
- ROBOAN. Digna de escarmiento es.
- ANÁS. Claro muestra su interés  
para que el perdón reclame.
- BENJAMÍN. ¿Por qué con tan vil malicia  
podéis de mí sospechar,  
si sólo os quiero mostrar  
que abrigáis una injusticia?  
Será inícuo, no lo dudo,  
el proceder de esa gente,  
mas lleva constantemente  
la caridad por escudo.  
Siempre van del bien en pos,  
amparando al desvalido,  
consolando al afligido,  
bajo el amparo de Dios.  
Yo lo he visto por mis ojos,  
sin que la duda me asista,  
volver al ciego la vista  
consolando sus enojos.  
Por doquier tienden la mano  
pidiéndole á Dios clemencia,  
sanan cualquiera dolencia  
con un poder sobrehumano.

Pues bien, ¡oh, sabios Doctores!  
 Si vuestro fallo es injusto,  
 ¿por qué ha de pagar el justo  
 la causa de estos errores?  
 ¿Por qué tanta crueldad,  
 si sumisos les contemplo  
 en la plaza y en el templo  
 mostrando su caridad?

CAIFÁS.

Benjamin, os he escuchado  
 con despecho y con horror,  
 que sois, cual ellos, traidor,  
 claro lo habéis demostrado.  
 Pues vuestra frase, encubrir  
 quiere el mal, y hasta lo escuda.  
 Desde hoy pondremos en duda  
 cuanto os oigamos decir.

BENJAMÍN.

Harto sé que al demostrar  
 la verdad clara y sencilla,  
 vuestro despotismo humilla  
 lo que no es dado escuchar.

CAIFÁS.

El Consejo, en su inquietud,  
 vuestras palabras rechaza.

BENJAMÍN.

¿Qué me importa la amenaza  
 si me escuda la virtud?

ANÁS.

No comprendo...

MALECH.

¡Qué herejía!

ROBOAN.

Su misma traición le vende.

ANÁS.

Fácilmente se comprende  
 que su razón desvaría.

BENJAMÍN.

Opinad según el modo  
 que os dicte vuestro capricho;  
 mas sostengo cuanto he dicho,  
 y aún debo decirlo todo.  
 Sedientos de sangre estáis,  
 mas no encontráis ocasión  
 de castigar con razón  
 y las víctimas buscáis,  
 hallando en vuestra torpeza  
 con poderes tan inmensos,  
 esos seres indefensos  
 que calmen vuestra fiereza.  
 Seguid con vuestro destino,

pero tened muy presente  
 que al que es noble é inocente  
 Dios le abre nuevo camino.  
 Desprecio vuestra opinión,  
 que sólo causa sonrojo,  
 y á Dios benigno me acojo  
 cual tabla de salvación!  
*(Sale precipitadamente.)*

## ESCENA VIII

DICHOS, *menos* BENJAMIN; *luego* ESCUDERO

ANÁS. ¡Loco va!  
 ROBOAN. ¿Quién piensa en él?  
 CAIFÁS. Su cerebro trastornado,  
 al camino le ha lanzado  
 de la perdición.

ANÁS. Crüel  
 nos ha tratado el infame  
 venciendo vuestros poderes.

ROBOAN. Cumpliendo nuestros deberes,  
 es justo que se reclame  
 su prisión.

CAIFÁS. La duda ofusca  
 mi razón; calma, Doctores,  
 yo ordenaré que Lictores  
 salgan al punto en su busca.

ESCUDERO. Aquí está ya el Centurión  
 que habéis mandado llamar.

CAIFÁS. Puede al momento pasar,  
 pues llega en buena ocasión.

## ESCENA IX

DICHOS, *y* CENTURIÓN

CENT. La licencia solicito  
 para decir...

CAIFÁS. Ten paciencia,  
 que es de mucha más urgencia

castigar otro delito.  
 Es preciso que al instante  
 salgas con varios soldados  
 y conduzcas maniatados  
 á esa turba, que incesante  
 en pos del mal se encamina  
 y por doquier predicando,  
 al pueblo van engañando  
 con esa falsa doctrina.  
 Conque á marchar.

CENT. Un momento,  
 pues aunque pobre soldado,  
 debo de ser escuchado  
 para explicar lo que siento.  
 ANÁS. Sed breve.

CENT. Queréis en vano  
 que castigue al inocente;  
 pero será inútilmente.

ROBOAN. ¡Cómo se atreve el romano!  
 CENT. Discípulos son de Dios,  
 el que vivo entre querubes  
 desapareció en las nubes.

ANÁS. ¡Mentís!

CENT. ¡Tal palabra en vos!

ROBOAN. ¡Oh, mengua!

CENT. (No me acobarda,  
 pues defiende la verdad.)

ANÁS. Pronto el castigo ordenad,  
 pues la justicia ya tarda.

CENT. Doctores, vuestro derecho  
 cuidado de que nunca os ciegue,  
 que nadie á decirs llegue  
 que á ello os impulsa el despecho.

ROBOAN. ¡Oh!... Pontífice, calculo  
 que si la piedad nos guía,  
 muy pronto llegará el día  
 que nuestro poder sea nulo.

MALECH. Y evitarlo es necesario.

ANÁS. No tengamos compasión;  
 sin tregua ni apelación  
 llevémosles al Calvario.

CENT. Esa justicia crüel

debéis olvidar, Doctores;  
 no acumuléis más horrores  
 sobre el pueblo de Israel.  
 Traidores sacrificamos  
 á Jesús... ¡Dios poderoso!  
 de crimen tan horroroso,  
 á nuestro pesar lloramos.  
 Si de la maldad váis en pos  
 y á esos hombres castigáis,  
 dirá Israel que os burláis  
 de la justicia de Dios.  
 Cesen castigos injustos;  
 basta de llanto y horrores;  
 ¡ay de vosotros, Doctores,  
 si no llegáis á ser justos!  
 Y después de lo que os digo  
 diréis que la ley lo ordena:  
 ¡ley que á inocentes condena,  
 la desprecio y la maldigo!  
 (¡Oh!...)

ANÁS.

MALECH.

CAIFÁS.

ROBOAN.

MALECH.

CENT.

Al pueblo vendido estaba.  
 ¿Resucitar?... Tú has soñado.  
 De la tumba lo han robado.  
 Sin duda no vigilaba.  
 ¡Crédito á mi fe no dáis;  
 os mofáis de mi razón,  
 sin ver con honda aflicción  
 que vuestra tumba labráis!  
 Pero yo ciego me acojo  
 á Jesús, mientras os digo  
 que vuestras leyes maldigo,  
 pues sólo causan sonrojo.  
 También doy fe de que he visto  
 lo que vos dudáis; Doctores,  
 ¡maldigo vuestros errores  
 y muero por Jesucristo! (Sale.)

## ESCENA X

DICHOS, *menos* CENTURIÓN

ANÁS.  
CAIFÁS.

Todos son á conspirar.  
Aunque se opusiese Roma,  
jamás mi orgullo se doma  
para poderme humillar.  
¿Qué me importa la opinión  
del Centurión, si es en vano?  
¡La venganza está en mi mano;  
seguidme sin dilación!

## CUADRO IV

Templo Hebreo.

## ESCENA XI

PEDRO y APÓSTOLES, *formando un semicírculo al fondo;*  
*todos con palmas.*

PEDRO.

Caros hermanos en Jesús, el día  
en que el Maestro á todos nos espera  
llegado es ya; desde su eterna esfera  
nos anuncia una nueva profecía.  
Esperemos sumisos el mandato,  
confiando en su santa omnipotencia,  
que pronto la divina Providencia  
protegerá con fe nuestro recato.  
*(La pared del fondo desaparece, apareciendo Jesús entre  
nubes de gloria.)*

## ESCENA ÚLTIMA

JESÚS y APÓSTOLES

JESÚS.

Ninguno dudéis de mí;  
si os llamó mi voz amante

es que ha llegado el instante  
de hallarnos todos aquí.  
Nueva unión os guiará,  
y por doquier caminéis,  
á Jesús invocaréis  
y mi mano os salvará,  
pues amo á los seres tanto,  
que en todas vuestras acciones  
hasta vuestros corazones  
bajé el Espíritu Santo.

*(Las lenguas de fuego caen sobre las cabezas de los Apóstoles.)*

### MÚSICA

¡Aleluya, aleluya cantemos  
al Señor de la tierra y el mar,  
elevando las preces al cielo,  
todos llenos de santa humildad!  
Aleluya, cantemos gozosos  
á Jesús, nuestro Dios y Señor,  
que sufrió, por salvarnos á todos,  
el martirio con resignación.

¡Aleluya, aleluya  
al Hijo de Dios.  
Aleluya, aleluya  
al Redentor!

FIN DEL DRAMA



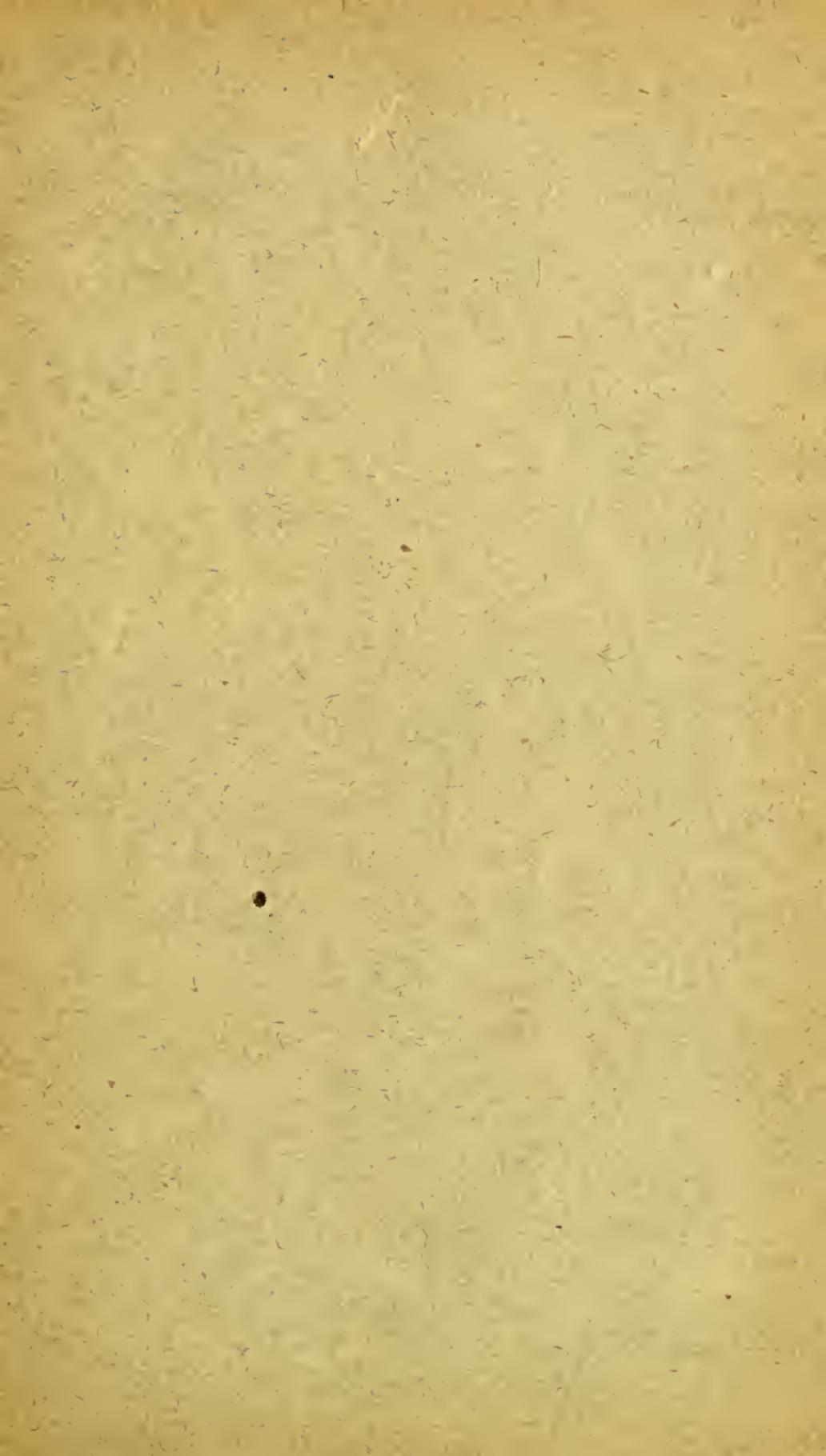












## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.